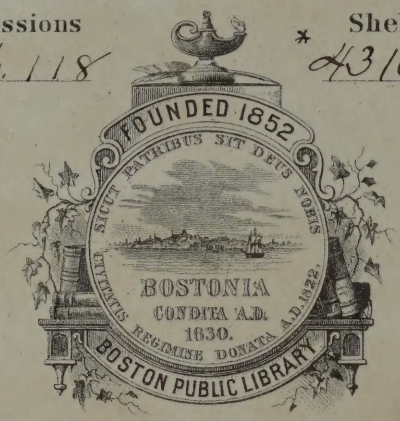
Accessions
836.118

Shelf No.
*4310.102



GIVEN BY
Señor A. W. Rondiez,
Oct. 17, 1883.

DISCURSO

DE INSTALACION DE LA

ACADEMIA VENEZOLANA

PRONUNCIADO

POR SU DIRECTOR EL GENERAL

GUZMAN BLANCO

EL DIA 27 DE JULIO DE 1883

CARACAS
IMPRENTA DE "LA OPINION NACIONAL"
1883

DISCURSO

DE INSTALACION DE LA

ACADEMIA VENEZOLANA

PRONUNCIADO

POR SU DIRECTOR EL GENERAL

GUZMAN BLANCO

EL DIA 27 DE JULIO DE 1883

CARACAS
IMPRENTA DE "LA OPINION NACIONAL"
1883

336.114

Sister A. W. Rendier

Oct. 17. 1883

Señores Académicos : Señores concurrentes :

No hago en este día sino obedecer á una nueva imposición de mi destino : ese que desde mi infancia ha venido apartándome del camino de mis inclinaciones.

En esa infancia tan feliz, recibía yo la educación del alma habitando en un extenso y hermoso campo, y todos mis gustos me decidían por la vida independiente, entre las bellezas de la naturaleza, la ocupación constante y la celestial libertad del espíritu.

Al entrar en la pubertad, probé la primera imposición del destino entrando en el célebre Colegio de la Independencia, aquel en que el inolvidable señor Montenegro formó toda una generación de hombres útiles á la Patria.

Terminados mis primeros estudios, esperaba consagrarme á las bellas letras, como á las bellas artes ; pero la voluntad paterna me dedicó á estudios profesionales, escogiendo yo las ciencias médicas, por lo que ellas tienen de profundo y de humanitario ; y he aquí una segunda contradicción del destino.

El ilustre Vargas creyó indispensable informar á mi padre que mi constitución física no podía resistir por más largo tiempo las disecciones anatómicas ni la asistencia á la clínica de los hospitales.

Ambos, padre y maestro, me prescribieron el estudio del Derecho y las Matemáticas, y cursé las aulas en nuestra Universidad, hasta obtener los últimos grados académicos.

Coronada así mi carrera, las ciencias exactas me fueron inútiles, porque entonces ni la sociedad ni los Gobiernos tenían idea, ni siquiera inclinación al progreso material de la República; y para la Abogacía, me encontraba incapaz de la defensa de injusticias, y aun de capitular con ellas, mientras que, por otra parte, me inspiraba una repugnancia invencible la necesidad de vivir lidiando con las astucias, arterías y mentiras con que la mala fe tiene frecuentemente plagado el foro; al propio tiempo que tampoco me halagaba la magistratura, desde que, para ejercerla, debía atenerme á lo alegado y probado, con absoluta prescindencia de la íntima convicción personal.

Pero de atrás venía la suerte preparándome una cuarta imposición, porque simultáneamente con estos antecedentes, mi padre había levantado en el escenario de la política, tan patriótica como noblemente y por primera vez en Venezuela, la bandera de una oposición constitucional, con el gran propósito de hacer verdad la República, tan mezquinamente sembrada hasta entonces en las leyes, como rara vez imperando en la práctica; de modo que á tiempo que cursaba yo las aulas, nutría mi entendimiento con todas las doctrinas con que mi progenitor formaba el partido liberal, y que eran la materia continua de exposiciones, réplicas y discusiones en el bufete de *El Venezolano*, verdadero areópago de lo mejor que venía creando, y que pronto

acabó de crear el gran partido, que después ha regenerado la República.

Sobrevino la larga y pavorosa crísis de 46, 47 y 48, en que, habiendo sido mi padre elegido popularmente Presidente de la República, vióse aprisionado por aquel Gobierno conspirador, aherrojado en una mazmorra, cargado de grillos y sentenciado á muerte, y ultrajado, y oprimido durante nueve infinitos meses. Entonces subió al cadalso el inocente Rodríguez, y ví fusilar tambien á Calvareño, como escalones ambos, que la iniquidad ponía, para convertir en inevitable la inmolación de mi padre, por el delito de haber predicado al pueblo su soberanía y haberle enseñado á ganarle elecciones á la autocrática-oligarquía.

Tal horror cobré por la política, que me mantuve alejado de ella, hasta que al cabo, aprovechando la primera oportunidad, me salí del país, y estuve ausente todo el tiempo que mis medios lo permitieron.

Regresé creyendo que mi larga abstención me protegería para vivir tranquilo, entregado á los libros y á inocentes ocupaciones literarias.

¡Qué error! Ocho días después de mi regreso á la patria, fuí reducido á prisión, y después de dos meses de cárcel, salí expulsado para el extranjero....

En viaje para los Estados Unidos, tropecé en San Thomas con el General Falcón, mi protector después, y jefe entonces de la revolucion federal, rodeado de sus amigos; casi todos, notabilidades liberales de la época.

El y ellos encontraron interpretable que yo dejase de acompañarles en tan inminentes circunstancias, decisivas para la causa liberal, que involucraba la libertad de la Patria, la honra de mi estirpe y la gloria de mi nombre.

Hiciéronme auditor de guerra, y desembarcamos en Palma Sola.

Meses después, ya internados, llegamos á las puer-

tas de Barquisimeto; y aunque yo no tenía puesto en la línea, al acto de combatir, sin saber decir por qué, de hecho, me encontré dirigiendo la batalla, y todos, empezando por el jefe de E. M., ayudándome y ejecutando mis órdenes.

Triunfamos en esta jornada, y el Gran Mariscal, por informe de todos los jefes y oficiales que presenciaron lo acaecido en el campo de batalla, pues él había entrado á pelear desde el primer momento á la cabeza de una brigada, me confirió el mismo día, 3 de Setiembre, el grado de Comandante.

Tan distante estaba yo de tal honor, que al ir á dar las gracias al jefe, terminé diciéndole lealmente, que yo era caraqueño, que en Carácas estaban los centros más trascendentales de la revolución, y que iban á considerar risible mi transfiguración de literato en militar de pelea; á lo cual me contestó el General Falcón, con semblante airado y gesto de autoridad: No, Señor: lo hecho está hecho: usted es muy joven, y no puede prever que esta guerra que comienza ahora, no se sabe cuándo ni cómo terminará, ni menos en qué manos ni bajo cuál dirección. Mi deber de previsión es formar jefes y oficiales que, llegado el caso, puedan reemplazarnos á los actuales...

Héme aquí, transfigurado en militar contra mi voluntad.

Pero hay algo más. No fuí yo, porque me tocara, ó lo procurase, sino el Valiente Ciudadano, héroe de la federación, quien, al romperse los fuegos en Santa Inés, me llamó para que con Juancho García, le sirviese de edecán en aquella decisiva y complicadísima batalla, después de la cual, durante la persecución, me hizo Coronel.

El desembarco de Cardonalito, la campaña de

Churuguara y las batallas de los Chucos, Mapararí, San Pedro y Caujarao, me valieron los grados de General de brigada y de división.

Perdida tres veces esta campaña, á pesar de sus triunfos, trimestrales, puede decirse, porque las rivalidades de los jefes y las fuerzas del Centro daban lugar á que el enemigo mandase á Occidente todos sus ejércitos, elementos y dineros, obligó al General Falcón, mi jefe, el que me presentó al país y me reveló á mí mismo, mi protector, en fin, y luego mi amigo, á imponerme el mando del ejército del Centro, donde tuve la fortuna de organizar catorce mil hombres, municionarlos convenientemente, y dar cinco batallas campales sucesivas en el curso de un año, y triunfar en ellas hasta obligar á la Dictadura y su hábil Sustituto, á aceptarme el tratado de Coche, que convirtió en un abrazo nacional aquella lucha de exterminio, que en cinco años había estado devorando las entrañas de la Patria y matando sus hijos por decenas de miles....

Y he aquí mi sexta imposición.

Triunfó la revolución en mis manos, dí forma á su victoria, y quedé el teniente más trascendental del Gran Ciudadano, su caudillo y conductor.

Aunque mi deseo era irme á Europa, por otra imposición de las circunstancias mi jefe y mis compañeros me obligaron á permanecer como primer Ministro, presidiendo el gabinete inaugural de la federación triunfante.

Después, todos lo sabéis, porque fué notorio y no está distante todavía. Caído Falcon, y recién casado yo, vine de Europa á vivir fuera de la política activa; y torpes persecuciones, insultos, y, sobre todo, el ruidoso catorce de Agosto, me pusieron la espada en la mano, para hacer en setenta días, la

campaña más rápida, más decisiva y más fecunda que registran los fastos de Venezuela.

No obstante tan gran victoria, mi secreto pensamiento fué que viniese el general Falcón á reemplazarme, pues las resistencias del enemigo podían cesar al apartarme yo. Mandé á buscarle cuando llegaba á Martinica, mis comisionados lo encontraron muerto; y una séptima vez tuve que continuar, contra mi voluntad, presidiendo la política, y, por consiguiente, á la cabeza de las huestes vencedoras.

Terminado el septenio, fuíme á Europa con la esperanza de no volver á figurar en la política; y os consta, por qué, y cómo, dos años después, vine á reinvindicar la Regeneración.

¿ No encontráis inexplicable que al cabo de una vida entera al servicio de la Patria, entregado á la política y preocupado del estudio de la difícil ciencia administrativa, venga á discernírseme como una octava imposición, la Presidencia de la Real Academia Correspondiente, que instalamos hoy ?

Largo ha sido este exordio, obligatorio para mí, antes de proceder á cumplir los deberes anexos á tan elevada curul, por la convicción que tengo de que, sin conocimiento de estos antecedentes, la insuficiencia que voy á exhibir en el presente discurso, quedaría injustificable. La previsión además, de que él tendrá millares de lectores en el interior de la República, muchos, sin duda, en el exterior, y muchos más al través del tiempo, me han convencido de que no me era dable prescindir de semejante preámbulo. Creo salvarme así de esa responsabilidad. Si alguna quedara, correspondería á la Real Academia Española, que tan generosamente me ha honrado, y á quien por la elevada y merecida altura en que se encuentra, no podrá alcanzar.

Paréceme que para este discurso de instalación y apertura de la Academia venezolana, correspondiente de aquel alto cuerpo, entre los diversos temas que pudiera haber escogido, merece preferencia el que abraze compendiosamente el origen del habla de nuestra madre patria, sus transformaciones y adelantos, sus actuales excelencias, sus futuras mejoras, y, en conclusión, su literatura, de que es hija la nuestra, con ciertas modificaciones de colorido y forma, reflejo del clima, la luz, el cielo y sus refulgentes estrellas, el color de nuestra vegetación primaveral, tanto como colosal, sus cordilleras que casi tocan la bóveda celeste, y nuestros ríos que parecen mares.

El principio y la vida de la lengua son partes inherentes de la historia general del pueblo español, y yo debo ocurrir, como lo hago, á los autores de mayor celebridad, al Pro. Don Juan de Mariana, obra escrita y reimpresa desde 1601 hasta 1623, y á Don Modesto de la Fuente en su copiosísima obra de 1850.

Pero paso por la pena de no poder concordar con estos eminentes autores, en el punto cardinal de cuál fuese la lengua primitiva de la Península. Apenas le consagran ellos una ligera y hasta desconfiada atención. Uno y otro empiezan, después de oscuridades, en cuyo estudio no encuentro todo el empeño que tan grave punto merece, por un pueblo que llaman Ibero, de origen desconocido. De aquí es de donde parten, continuando la narración de los hechos posteriores de que hay constancia; los cuales, respecto de la Península, son invasiones mercantiles ó bélicas, ocupaciones de mayor ó menor extensión, y la sucesión de luchas, reinados, progresos, retrocesos y demás acontecimientos nacionales.

El célebre Mariana nos dice haber sido el caldeo Gerión el primer poblador de España, y luego establece que Tubal, quinto hijo de Japhet, tercer hijo de Noé, con su familia, fué el primer habitante de la Península.

Aparte de la notable diferencia que arrojan esas dos aseveraciones, veo una evidente imposibilidad respecto de la segunda. De Noé, abuelo, á Tubal, nieto, no pudo haber mediado más tiempo que la mitad, ó dos tercios de siglo; y ni cincuenta ni sesenta y cinco años inmediatos al Diluvio, que debió dejar la haz de la tierra conglomerada de lagos, precipicios y escabrosidades, creo que nos autorizen á aceptar semejante traslación, desde el monte Ararat ó sus contornos hasta la Península ibérica, extremo occidental de la Europa. Esa distancia aun en nuestros días mismos, sería casi imposible atravesarla, sin ferrocarriles, ni vapores, ni tantos otros medios de locomoción, inventados del diluvio para acá.

Y ¿ por qué el nieto de Noé, en días tan difíciles para sus padres, para él y para su familia, y en circunstancias tan críticas, que imperiosamente exigían que se conservasen reunidos para ayudarse recíprocamente, había de venir hasta el extremo del Continente para poblarlo?

No veo en esta narración de Mariana sino al sacerdote católico romano, obedeciendo á la historia bíblica, que, si constituye para el cristiano lo que la iglesia misma llama una creencia piadosa, no es en verdad un artículo de fe.

Tan sabia y poderosamente establecida la Iglesia y tan fecunda en bienes para la humanidad, debiera tomar oportunamente en cuenta los descubrimientos literarios, científicos, antropológicos, lingüísticos, geo-

lógicos y otros de los últimos siglos, los cuales le autorizarían para desprender el cuerpo de sus saludables creencias y enseñanzas, de lo escrito por Moisés en calidad de historiador y nó como inspirado.

Cuando los anales de la China, en el curso de doce mil años, nos describen ese Diluvio, determinando los veinte puntos de aquel vasto territorio en que se salvó gran parte de la población, y con ésta, religión, leyes, historia, ciencia y costumbres; cuando esos mismos anales nos demuestran que catorce años continuos de sequía, produjeron la ruptura del istmo que unía los dos mundos, causando la apertura del estrecho de Bering, por deshielos de la zona glacial; cuando vemos por Clavígero, apoyándose en los cuadros históricos mejicanos, la llegada á las costas septentrionales del antiguo Méjico sobre el Pacífico, de una inmigración de náufragos, en embarcaciones, ya únicas, ó ya unidas de dos en dos, ó de tres en tres, y en maderos y aun á nado, gentes que no podían proceder sino del terreno desaparecido por aquel fenómeno natural; cuando las ruinas gigantes del Palenque y de otras antiquísimas poblaciones, descubiertas en Centro América, revelan la remota existencia de ciudades con leguas y leguas de extensión, y con una arquitectura que pudiera llamarse estupenda, demostrando que aquellas generaciones, ignoradas hasta hoy, habían alcanzado un grado muy alto de civilización en edades sepultadas en la noche de los tiempos; y cuando del centro del Asia nos vienen el Vedas y el Manou, revelaciones de la remota existencia de pueblos sapientes, autores del derecho civil, que de allá vino al Asia menor y á la Siria, y después á Grecia, y de Grecia á Roma, y de Roma al Código Napoleón, origen de todos los Códigos actuales de la raza latina; y lo que todavía es más notable, cuando es tan crecido el número de radicales de la lengua del pueblo sanscrit que se encuentran en los idiomas vivos

demostrado está, que Moisés no tenía noticia alguna de los tiempos que de lejos le precedieron.

Y lo expuesto pone de manifiesto también, que tampoco la tenía de las transformaciones físicas del globo que habitamos, de la secular época volcánica, de las graduaciones infinitas del levantamiento de las montañas, de las apariciones y de la vida de los diferentes séres que sobre él han existido, desde la ostra en el fondo de las aguas, hasta el hombre, último viviente en la superficie de la tierra; ni de las centurias de la edad de piedra, de cuyos instrumentos están hoy llenos los museos de Europa.

Y tenemos otra prueba evidente de esa falta de noticias desde que se han descubierto los caseríos ó pequeños poblados en que se refugiaba la especie humana, en medio de numerosos lagos que por entonces existían, los unos secos yá, y los otros llenos todavía, constituyendo lo que se llama vida lacústica; que fué sin duda, la primera donde pudieron vivir los hombres entre bosques colosales que cubrían cuanto no arropaban las aguas, para guarecerse de las fieras y poderosos animales que poblaban el globo, algunos de cuyos fósiles constituyen una revelación, si nó de lo verdaderamente antiguo, sí de lo que precedió á la época presente.

Tiempo era yá de que nuestra iglesia se ocupara, de la manera profunda que sabe ella hacerlo, en las numerosas disidencias que existen entre los escritos históricos de Moisés, y los hechos y verdades desentrañados yá por la razón con que nos dotó el Creador, en el seno de esa noche de millares de siglos y de séres vivientes en este satélite, que no es sino el cuarto de los doscientos cuarenta ya conocidos, que gira alrededor de uno de los innumerables soles descubiertos, centros de otros tantos universos, en común y maravilloso movimiento revelando la sabiduría y el poder infinitos de la Divinidad á quien adoramos.

Empiézase á andar por ese camino aceptando con Bergier y otros expositores que, siempre que se ha traducido á Moisés con la palabra *día*, debe entenderse *tiempo*, y cuando *año*, se significa *más lejano tiempo* ó *indeterminados intervalos*. De este modo, los días mismos de la creación vendrían á ser épocas, y no tropezaría la razón con imposibilidades absolutas.

Por medios y estudios semejantes, la cosmogonía del inmortal conductor del pueblo hebreo quedaría reducida al hombre de aquel espacio de tiempo, que, sin imprenta, con deficiente escritura, sin cronología, y sólo por tradiciones de un pueblo esclavo de los Egipcios, alcanzó á conocer el gran caudillo, tan digno de admiración por otros respectos, y especialmente por el incomparable Decálogo.

Hoy está patente que lo que hemos aprendido en nuestras aulas como historia antigua, es una historia de ayer, que prescinde de la vida de la humanidad en millares y millares de centurias anteriores, de las cuales Moisés quedó, como nosotros hemos quedado, muy distantes, ya por dilatados tiempos, ya por efecto de cataclismos ó perturbaciones universales, ó por extrañas é interpuestas condiciones atmosféricas, ó por fenómenos geológicos y aun astronómicos ocurridos entre lo ignorado y lo conocido.

Yo no puedo decir sino lo que pienso, y no estimando correctas las doctrinas históricas y cronológicas que han respetado los célebres maestros Mariana y Lafuente, ocurro para hablar del pasado de nuestros padres, á lo que encuentro en otros tan antiguos y más sagaces y penetrantes escritores.

Cierto es que en lo escrito sobre el comienzo de la población de España anterior á los Iberos, hay frecuente mezcla de fábulas y realidades, aquellas y estas sin cronología, pero que todo ello quede borrado, sustra-

yéndolo de los dominios del estudio, lejos de parecerme aceptable, me impone por el contrario, el deber, tan superior á mis fuerzas, de presentar en este discurso nociones que he podido adquirir y de que prescindieron uno y otro historiadores.

Mucho respeto á Lafuente, quien declara que es imposible averiguar con certidumbre, entre las numerosas y contradictorias noticias históricas del tiempo anterior á la aparición de los Celtas en la Península, nada que suministre verdadera luz acerca de los primeros pobladores, su manera de vivir, ni la lengua que servía para la comunicación de sus ideas; dejando así, con toda su respetable autoridad, y como los había dejado el padre Mariana, completamente ignorados muchos siglos de la vida del hombre en su gloriosa patria.—Nunca es útil que por efecto de la duda, se renuncie al estudio, que casi siempre descubre y apuña la verdad.

Debo, sin embargo atenuar la fuerza de estos juicios, respecto del célebre don Modesto de Lafuente, quien al remontarse al origen de la población de la Península, nos dice: "Tribus viajeras del Asia á Europa toman asiento en la Península, pero las imperfectas y oscuras historias de los más apartados tiempos no anuncian como primeros pobladores sino á los Iberos." Continúa historiando que invadieron á éstos los Celtas, y unidas las dos razas, constituyeron la de los Celtíberos, á los cuales engañaron y despues dominaron en parte los Fenicios, y á éstos los Griegos de Rodas y de Zante y los Focenses, á quienes siguen los Cartagineses, que son vencidos por los Romanos, quienes lo son después por tribus bárbaras del Norte entre las cuales prevalecen los Godos y los Visigodos, y, por último, son invasores y ocupantes de gran parte del territorio los árabes, arrojados los cuales, queda yá constituida la actual nación española.

No nos dice, pues, Lafuente, ora como sabido, ora como probable, quiénes eran aquellos Iberos, ni cuál fué la raza primera en posesión de la Península, como no lo había dicho Mariana, que empezó por Tubal el nieto de Noé, del modo que antes dejo combatido.

Pero Lafuente en sus profundos y largos estudios, dió un paso más, cuando añade, que la cuna de la raza humana fué Asia, como lo dicen yá en el día cuantos asidua y constantemente se ocupan en el estudio de la antigüedad; y nos agrega también: "que tribus viajeras de oriente á occidente vinieron á tomar asiento en el suelo que después se llamó España." Y al hablar de todas esas invasiones y transformaciones de remotos tiempos, y relatar los triunfos romanos, concluye: "Era yá Roma dueño del mundo, y solamente no lo era de algunos rincones de España, habitados por rudos montañeses, en cuyas humildes cabañas no había podido penetrar ni la conquista ni la civilización, porque los Cántabros y los Astures desafiaban solos el poderío de la señora del mundo."

Declara imposible averiguar cuál fuese la primitiva raza pobladora de la Península, pero sí nos deja un indicio de la verdad, y citando á Vaudoncourt, á Bayer, Schlözer y á Adelung, afirma que los llamados Iberos, pudieron ser los verdaderos aborígenes de España, y que la lengua que hablaban, podía ser la que todavía hablan los Vascos; á lo cual agrega, que no es de extrañarse, porque habiendo sido éstos los únicos que resistieron la dominación romana, pudiera ser que conservasen el idioma que primitivamente se habló en la Península.

Termina Lafuente con estas palabras: "Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestión entre los filólogos."

Aventurado puede parecer que yo me atreva á lo que hombre tan eminente renunció á esclarecer; pero repito: á lo que nunca me atrevo es á decir lo que no pienso. Acometo la empresa sin hesitación, aprovechando autoridades que no alcanzo por qué no merecieran mayor atención de los dos tan discretos historiadores de España.

Oienart, Garma y Larramendi, y más que los tres, Astarloa, el insigne políglota, que también escribía al tiempo que empezó Mariana, me proveen de buenas armas con que sostener el encuentro que acometo, opinando que fué el vascuence la lengua primitiva de la península ibérica.

Ella es indudablemente, como lo asientan casi todas las autoridades conocidas, una lengua primitiva, de esas cuyo origen se ignora, y que no participan de mezcla alguna, de las vivas, ni de las muertas; y pues que es evidente que sólo se habla en los pueblos vascos, sin que haya sido, ni sea conocida en ningún otro punto del globo, es lógico aducir que fué la primera en la Península, sobre todo, cuando vemos que el actual castellano tiene gran parte suya, aunque enriquecido después con más ó menos vocablos celtas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, visigodos y árabes, hasta alcanzar, aprovechando los tesoros de contribuyentes tan civilizados, las excelencias con que se distingue entre todos los idiomas vivos. Si el vascuence es original, si no se le ha encontrado ni se le encuentra más que en España, si no ha admitido mezcla de las lenguas de las distintas invasiones que por siglos y siglos fueron ocupándola; si tampoco se conoce lengua que se le parezca; si los dominadores ya citados tuvieron cada uno su propia lengua, sin semejanza con el vascuence, es racional y hasta histórico concluir, que fué el vascuence el primer idioma de la Península.

Es indudable que el vascuence está dotado de riqueza, energía y propiedad. El diccionario trilingüe de Larramendi dice en su prólogo: que no sólo es de origen inmemorial, y que ha resistido á todo contacto con los demás idiomas conocidos, así de España como del extranjero, sí que multitud de voces vascongadas están esparcidas en el hablar de España.

Tragia dice también, que, en su concepto, fué esa lengua la primera que se habló en España y que se salvó en Vizcaya, Guipúzcoa, y Navarra, en cuyas ásperas montañas nunca fueron avasallados los verdaderos cántabros por ninguno de los dominadores del resto de la Península, y ni aun por los romanos, contra cuyo poder guerrearon doscientos años; y esto mismo se encuentra en el diccionario geográfico-histórico de España, tomo 2°, palabra Navarra y título 13.

El alfabeto que llamaré cántabro, es el más numeroso de los conocidos, y las letras Ch, Ll y Ñ le vienen de él al castellano, según la autoridad de Masdeus y Hervás.

En mi concepto, ni Mariana ni Lafuente fijaron su atención todo lo que el caso ameritaba, en la magistral consideración de que, siendo las provincias vascongadas las únicas que resistieron siempre á toda dominación extrangera y á toda mezcla de su lengua con la de los conquistadores, la suya es anterior en la Península á todas las demás.

Me remontaré algo más robusteciendo estas pruebas con sólo indicar las singularidades del vascuence.

Es una lengua silábica, es decir, que cada sílaba y á veces cada letra, es un nombre sustantivo, ó adjetivo, ó es un verbo, ó adverbio, ó artículo, en fin, una parte de la oración; lo cual le enriquece de una manera pro-

digiosa, porque además de las innúmeras sílabas de que ella es capaz, con once sonidos vocales, en lugar de cinco, tiene el alfabeto más numeroso de los conocidos. No tiene límites para la expresión de cuantas ideas puedan ocurrir á la mente, porque después del número de sílabas, verdaderamente infinito, la unión de dos, de tres ó más de ellas, produce un nuevo significado. Y ha de observarse que esa estructura silábica es típica en los idiomas primitivos ó prehistóricos.

Presentaré un ejemplo.

Navarra es palabra que se compone de cuatro sílabas vascuences: Na–v–ar–a, y véase lo que dice esa palabra sola, y cómo es lo que dice; *Na*, significa llano, *v*, quiere decir bajo, *ar* equivale á varón, y *a* es el artículo; de modo que la palabra Navarra, traducida literalmente, dice: llano, bajo, varón, él, que en sintáxis del castellano diría, el varón del llano bajo.

No concibo cómo pueda sostenerse que este sistema silábico ni esa sintáxis puedan confundirse con los de otros idiomas vivos ó muertos, ni tenerse por hijo de los unos ó de los otros, ni negarle por consiguiente al vasco el carácter de idioma primitivo; y si él existe únicamente en la parte de España que nunca fué conquistada ni dominada por sus distintos invasores, tampoco sé cómo deje de considerarse lógico que fué la lengua primera de toda España.

El alfabeto hebreo carece de la *Ch*, de la *Ll*, de la *Ñ* y de la *X* fuerte, y también del sonido que dan las letras unidas TS y TZ, y fáltale, por último la P y la F, teniendo seis letras y dos sonidos menos que el vascuence; y si el alfabeto fenicio y el árabe están en caso idéntico, así como también el griego, el celta, el latino y el godo, resulta que ninguno de ellos ha podido dar origen al cántabro.

Todavía más. Ninguna de las lenguas mencio-

nadas, tiene la letra Ñ en su alfabeto, por consiguiente no ha podido traerla al castellano sino el vascuence, que sí la tiene.

Hablé ya de sus once sonidos vocales, y como anteponer una consonante, ó posponerla, ó anteponerla y posponerla, hacen el juego del hablar vascuence, resulta que las sílabas, así multiplicadas, alcanzan á 6.146, que facilitan 4.126.929 voces posibles, monosílabas, disílabas y trisílabas.

A lo yá expuesto es indispensable añadir que tiene ocho personas la conjugación del verbo, y cada verbo, doscientas seis conjugaciones.

Fuerza aparente tiene el argumento de como sea que tan estrecho territorio y población menos numerosa que la de tantos antiguos dominadores de la Península pudiera haber preservado su lengua de toda mezcla ó parentesco con la de tantos pueblos como en el curso de los siglos han tratado, invadido y hasta ocupado casi todo el ámbito nacional; pero, en primer lugar, el hecho existe cerrando la puerta á toda discusión, y en segundo, la historia nos explica los motivos de esa singularidad. No eran conocidas las armas de fuego, y situadas esas poblaciones en el extremo Norte, en terreno fragosísimo, con multiplicadas é inexpugnables alturas, la conquista resultaba imposible; sobre todo, en una raza de tanta energía, heroico valor y tenaz constancia, que no hay ejemplo de virtudes tan exajeradas en ningun tiempo ni pueblo de la tierra. Para no ser prisioneros en las guerras que les hicieron los romanos y los visigodos, al verse vencidos, se degollaban entre sí hombres y mujeres, y llevaban su furor hasta suicidarse, y hasta sacrificarse recíprocamente padres, hijos, hermanos y esposos, con tal de no caer en manos del enemigo.

Que la España tuvo una lengua antes de toda

irrupción y conquista, y que debe haber llegado á perfección, se deduce de lo que asienta el sabio Don Antonio Agustino, quien nos habla de monedas muy anteriores á la dominación romana, en las cuales se encuentran letras que no tuvo el alfabeto latino, y en dos de esas monedas, hasta once caracteres del alfabeto vascuence.

En Séneca leemos que el vascuence era el idioma más extendido en España, cuando Claudio desterró á su madre á la isla de Córcega, y Pomponio Mela afirma que á la llegada de Tubal á España, lo que hablaba la poblacion era el vascuence; y cuando el padre Mariana empieza por Tubal, no está lejos de confesar lo mismo, pues que escribe estas palabras: "Solo los vizcaínos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás, y el más antiguo de España, y común antiguamente á toda ella, según algunos asientan; y se dice que toda España usó de la lengua vizcaína ántes que entraran á estas provincias las armas romanas y con ellas se les pegase su lengua. Ni carece de probabilidad que con la antigua libertad, se haya conservado en Vizcaya, la lengua antigua y común de toda España."

Cita el respetable Mariana como prueba en contrario palabras del castellano que nunca han sido del vascuence; pero concluye declarando su impotencia con estas palabras: "que no quiere confirmarlo ni negarlo porque no es su intento."

El Presbítero Dn. Pablo Pedro Astarloa, encuentra muy serias deficiencias en las lenguas hebrea, griega, latina, caldea, siriaca y samaritana, y contraído luego al estudio de la vascongada, descubre que, cotejando sus verbos con la naturaleza de las acciones

que determinan, llega á contar ochenta más en la voz activa, otros tantos en la pasiva y 206 conjugaciones, todas necesarias para la perfección del verbo. Siguiendo su estudio, juzga que el alfabeto vascuence es el más perfecto, y que el silabario es el más rico que puede imaginarse, teniendo cada radical su propio y peculiar significado, prescrito por la misma naturaleza.

Continúa analizando el vascuence con sus doscientas seis conjugaciones, con otros tantos indicativos, imperativos y subjuntivos, con 30.952 inflexiones, y con reglas tan económicas para su inteligencia, que resulta, según él, muy superior á las lenguas hebrea, griega y latina.

En cuanto á la sintaxis, sostiene que es superior á todas las conocidas.

El autor llevó sus estudios á tal extensión, que abrazó las lenguas americanas quíchua, aimará, guaraní, sule é inmoquica; de las cuales asegura que tienen perfecciones equivalentes á las del vascuence.

Tanto apreció estas lenguas americanas y las examinó, que iguala su sintaxis á las de cuarenta y ocho otras lenguas.

La "Disertación" acerca del castellano, obra llena de erudición, al ocuparse en el habla primitiva de la Península, dice : "Mil congeturas plausibles y trabajos muy tenaces alientan á creer que el vascuence fué el primitivo idioma de la España."

En otra parte establece : "que esa lengua conserva su libertad y propiedad con todos sus caracteres de original, y que no manifiesta afinidad ó semejanza con ninguna otra viva ó muerta, y que con no despreciables fundamentos y peso de razones, pretende ser la originaria de la Península, allá en las primitivas edades de su población."

Añade este mismo autor otros conceptos ; "Lengua,

más descuidada de lo que debía ser de nuestros etimologistas, y que señala la genealogía de 2.000 voces castellanas, y que pretende que de ella se tomó la composición actual de los tiempos de nuestros verbos."

Segun Larramendi, tiene el castellano 1.679 vocablos vascuences, que se verán en la nota número 1.°

Don Tomás de Sorreguieta, en su "Semana hispano-vascongada," nos proporciona algunos argumentos que prueban á la vez, la estructura silábica y la íntima convicción en el pueblo que lo habla de su noble origen, Guizpucoac que en castellano pronunciamos Guipúzcoa, está compuesta de-Gu-iz-puc-o-ac, y éste, que es el nombre de aquel pueblo, diría en castellano: "Nosotros los del habla dividida;" y sostiene el autor que el "habla dividida," quiere decir, la que se diversificó en la torre de Babel. La palabra Urteá, que significa diluviada, dice también 365 dias, que según el pueblo vasco, fué la duración del diluvio de Noé, posterior al de Atica, reinando Ogyges en tiempo de Foroneo, y al de Tesalia en los días de Deucalión.

Otro argumento, según este autor, es que las medidas ó conmensuraciones del tiempo son iguales, aunque con otros nombres, á las de los babilonios, asirios, egipcios y hebreos.

El mismo autor arguye, que de los antiguos manuscritos griegos, el primer libro de los Macabeos, dice: "¡Y cuánto hicieron (los romanos) en la provincia de Hispania!" lo cual concuerda con un pasaje de la carta de San Pablo á los romanos, capítulo XV, versículo XXVIII, que, en romance, dice: "Iré por entre vosotros á Hispania ó Ispania."—Una y otra citas prueban, que en los tiempos de la éra de Adán, como en los de Cristo y sus inmediatos,

el nombre de la Península era Hispania ó Ispania; y como esta palabra compuesta en vascuence de las cuatro simples: Is-pa-ni-a, significa: "Yo, en la unión de los mares," y como, en efecto, es la Cantabria, extremo de la Península, la que media entre el Mediterraneo y el Atlántico, aparece el vascuence, llamándola con singular propiedad, del modo que se la llamó desde la éra de Adan, al paso que la voz Esperia, de origen griego, es un nombre extraño é impropio, porque no significa sino Occidental.

Si no fuera mi objeto sino el de ceñirme al cumplimiento indispensable del deber que me ha impuesto la respetabilidad de la Real Academia Española, crería haberlo yá cumplido; pues que preferí por tema de esta labor la averiguación del idioma primitivo de nuestra madre, me siento obligado á llevar este estudio hasta donde me sea posible, y por fortuna, tengo todavía otras autoridades con que puedo robustecer lo que voy procurando demostrar.

A los autores que dejo yá citados, hay que agregar á don Juan Bautista de Erro y Arpiróz, en su "Alfabeto de la lengua primitiva de España," y en su "Mundo primitivo," y tambien al célebre Hervás y á los muchos más recientes, Alfredo Maury y otros.

Humboldt dice, citando á Ptolomeo, que los nombres de lugares en España son generalmente vascos, y que esto nos obliga á reconocer su lengua como aquella que hablaban los antiguos Iberos; y agrega, que esos nombres están esparcidos por toda la Península, demostrándolo con un extenso cuadro que nos ofrece en su ilustrada obra y que por su extension omito aquí.

En otra parte consigna, que no hay porción

importante de la Península que no comprenda provincias ó localidades con nombres vascos.

Para probar la íntima convicción de superioridad que siempre ha querido conservar ese pueblo sobre todos los demás, nos da una prueba en la palabra *Atzean* que significa *Detrás*, *por detrás*, palabra con que el vasco llama al que no lo es.

Nos dice Humboldt que los llamados iberos son los mismos actuales vascos, que hablan una misma lengua, que fué madre de distintos dialectos.

En su artículo 48, se atreve á decir que la lengua vasca es la más antigua del continente europeo; y que los vascos del centro y del mediodía de España se mezclaron con los celtas, pero nunca los habitantes de las provincias del Norte, por lo cual conservaron el vascuence.

Una autoridad reciente en esta materia, y á cuyas páginas he dedicado la especial atención que debía, es la del eminente don Antonio Cánovas del Castillo, antecesor del hábil señor Sagasta en la presidencia del Consejo de Ministros de Alfonso XII, el tan ilustrado como liberal soberano de España. Trata la materia en su introducción á la obra del Ilustrísimo señor don Miguel Rodríguez Ferrer titulada "Los vascongados" con toda la erudicción que era de esperarse, y encuentro de notable á mi intento en esta labor algo que lo corrobora, por ejemplo: "Después de leído éste (el libro de Ferrer) y otros muchos que tratan de los orígenes y progenie de la parte vasca, todo me hace creer que ella es efectivamente veneranda, conservada en los huecos de los Pirineos, por una y otra de sus vertientes occidentales, de aquellas tribus antiquísimas, que primeramente ocuparon, gozaron y regaron con su sudor nuestra tierra de España."

En otra parte llama el distinguido escritor, "extraña opinión" la contraria á Astarloa contenida en el artículo

Navarra del Diccionario Geográfico-histórico de la Real Academia Española de la Historia.

"Ni la antigüedad remota,"—nos dice—"ni la singularidad del vascuence, ni siquiera su carácter primitivo, son cosas en que ya quepan formales dudas."

Del señor Cánovas tenemos otra importante noticia, refiriéndose el autor á los recuerdos de la villa de Loredo, en la que consigna las siguientes palabras- "Venerable resto (el vascuence) de la primitiva lengua ibérica, dialecto bárbaro, perteneciente á la familia de las lenguas de aglutinación, que hablan más de un millón de españoles entre el Ebro y el golfo de Vizcaya; eslabón evidente, por su analogía, de las lenguas americanas." Cita en el mismo sentido la opinión de Maury en su obra, "La terre et l'homme," el cual dice del vascuence: "que es anillo que junta las lenguas americanas con las ugricotas-tártaras, y con muchas particularidades comunes á muchos idiomas hablados desde el norte de Suecia hasta los últimos términos del Kamsckatka y desde Hungría hasta el Japón."

No debo prolongar más aquesta indagación sobre el habla primitiva de la España, su antigüedad, y su crecido contingente en la formación del idioma castellano, como podría hacerlo aprovechando toda la luz que en favor del tema que sostengo, encierra la obra de Rodríguez Ferrer, patrocinada por el insigne Cánovas del Castillo en la extensa introducción que la precede; pero no sería posible prescindir de sus partes 1.ª y 2.ª, porque, siendo la obra más reciente de la materia en que me ocupo, cometería un fraude á esta inquisición que considero tan seria como importante.

Rodríguez Ferrer reconoce la imposibilidad de encontrar el primer eslabón de la raza vasca, y añade que para columbrar alguna conexión de otras lenguas

con la suya, hay que pasar al Africa, al norte de la América, al Oural, el Delaware, el Cherochee y remontarse al Sanscrit.

Acepta Ferrer la opinión de don Francisco Juan de Ayala en la historia de los vascos, tan lógica como decisiva: "Ocho pueblos,"—dice—"han invadido y ocupado en el espacio de siglos históricos mayor ó menor porción de territorio español, y encontrándose en él un pueblo singular, con lengua propia, y no teniendo *ella* nada común con las de esos ocho pueblos, no cabe duda de que fué la lengua peninsular, antes de todas esas invasiones."

A esta opinión de Ayala, aceptada por Ferrer, añade éste: "que los iberos, que fueron invadidos por los celtas, no fueron otra cosa que los vascos, pobladores de la Península, y que éstos, vencidos y refugiados en las asperezas de los Pirineos, conservaron en ellos su lengua y sus costumbres, mientras que la población que no pudo transportarse al extremo norte, se confundió con los celtas y resultó el pueblo llamado celtíbero."

El autor hace mérito de un monumento megalítico, que admiró en Vizcaya, de colosal grandeza, formado por tres enormes piedras, y también menciona una hacha de piedra encontrada en Alava, y que está en su poder. Este es un instrumento prehistórico, que pertenece á la edad de piedra; y asegura Ferrer que es más semejante á los encontrados en Dinamarca, que á los encontrados en España, Francia y Bélgica. Habla también de torques ó brazaletes de oro, y punzas, y flechas, cuñas, cuchillos de sílex y muelas de cuadrúpedos de la época terciaria y cuaternaria, y afirma que todo esto existe en las provincias vascas, así como dólmedes que pertenecen también á esa remota edad.

En el nuevo mundo y hasta las cercanías del océano glacial se descubren raíces del antiguo vascuence.

Otra singularidad menciona Rodríguez Ferrer: la de no haber aparecido hasta ahora en el territorio vasco, ni una sola piedra dedicada á divinidad del olimpo greco-romano.

Los estudios antropológicos concurren con los lingüísticos, para demostrar que la raza vasca tiene una peculiar conformación de cráneo. Retefiuz, sueco, dice: que los cráneos vascos que ha recibido, son etimológicamente braquicéfalos, es decir, de cabeza corta de arriba á abajo, y Brocca, en el examen de 60 cráneos, los califica dolicocéfalos, es decir, alargados en el sentido de la frente al occipucio; y ambos atribuyen á los cráneos vascos pequeñez de quijada y un perfil vertical.

El príncipe L. Bonaparte en sus sabias investigaciones llega á concluir, que el vascuence es la primera lengua entre las del mundo, y Rodríguez Ferrer nos transmite estas palabras: "La lengua vasca es la primera de todas, porque es más expresiva que la china, y lo primitivo de su origen lo prueba, encadenando primero los nombres y después su conjugación y declinación y expresándolo todo, sustantivos, calificativos y pronombres; y lo que es más raro, tiene un verbo que sirve para comprender todas las ideas y sus diferentes relaciones. Ninguna otra indica el tiempo con tanta precisión, y al expresar la persona ó nombre del sugeto, nos da el régimen directo y los indirectos con todas sus variaciones, nominales y pronominales, singulares y plurales, y hasta para graduar la categoría de las personas á quienes se dirige la palabra, varía las terminaciones, resultando la familiaridad, el respeto, ó la veneración."

Al pasar á la segunda parte de mi discurso, después de haber procurado investigar cuál fuese la primitiva lengua en el territorio peninsular, repetiré textualmente las siguientes palabras del abate Inchauste, dirigidas

al príncipe Napoleón: "En este siglo de prodigiosa actividad, en que el hombre se esfuerza por sorprender los secretos de la naturaleza, aclarar las oscuridades de la historia y exhumar los monumentos de la antigüedad, penetrando todos los misterios que el universo ofrece á su espíritu, no ha podido menos de llamar la atención de los sabios la lengua vasca, tan extraña, tan original, y á la vez tan armoniosa como tan admirablemente conservada. Monumento venerable, que parece remontarse á la cuna del género humano, atravesando edades y revoluciones, sin que estas hayan podido desnaturalizar su estructura primitiva, ni alterar profundamente las formas que la distinguen. Esta lengua se parece á esas pirámides gigantes del oriente, mudos testigos del poderío pasado de un gran pueblo, y que han visto caèr á sus piés tronos, ciudades é imperios, desafiando el poder destructor de los elementos y de los hombres."

I Rodríguez Ferrer concluye así: "De todo esto se alcanza que se principia á entrar en la región de la duda, cuando antes no se andaba sino por las tinieblas de la ignorancia, y como quiera que va creciendo el caudal y el depósito de estos estudios, con tales medios podrán irse aclarando cada vez más esas sombras, y llegar tal vez á la verdadera luz."

A estas palabras del último de los tratadistas que conozco, sobre el tema de la primera parte de mi discurso, añadiré las mías para finalizar.

Las ciencias han tomado un vuelo tan rápido, y se han dividido sus estudios con tanta propiedad, que yo creo que puede contarse con tales y tantos adelantos, especialmente en la etnología, la lingüística y la antropología, que al cabo desaparezca toda duda y quede evidente como la luz meridiana, que fué el vascuence la primera lengua que se habló en la tierra de nuestros padres.

Y séame permitido enunciar un pensamiento que me ocurre, como complemento de todo lo que acabo de decir.

El pueblo vasco se ha distinguido veinte siglos por su valor, que no pudo avasallar ni la omnipotencia de la señora del mundo ; por una constancia tan tenaz, que en pequeño y estrecho territorio y desprovisto de todas las ventajas que en armas y disciplina tenían sus enemigos, rechazó de su suelo á los heroicos godos ; por su entrañable amor á ese suelo, á su lengua y á sus leyes y costumbres ; por su desdén al extrangero á quien nombraban *el de atrás ;* por su orgullo nacional que les inspiró llamarse "nosotros los de la lengua dividida," refiriéndose á la confusión de la torre de Babel ; por el arraigado amor á los vínculos de la sangre, á los sociales y al hogar, que para ellos ha sido un templo ; por la rectitud de su trato en las transacciones de la vida y por la pureza de sus costumbres ; y aunque todo esto parezca exagerado en estos tiempos nuestros, presenta un fondo que tiene relaciones de semejanza en el modo de ser de la patria de nuestros padres, el cual vale la pena de examinar con atención, para deducir el por qué inspiran á la actual España todavía, los acentuados caracteres de su origen primitivo.

Procedo ahora á demostrar cuántas y cuáles fueron las causas que siguieron formando y enriqueciendo, sobre la base del vascuence, la lengua peninsular, nuestra magnífica lengua.

Son visibles esas causas en la vida de España, y tan importantes y poderosas, que dejarlas en silencio sería defraudar á nuestra lengua de la mayor y mejor parte de su historia, de su lustre y magnificencia.

Fué convicción general que prevaleció en el mundo conocido en aquella época, que la Hesperia era la

tierra más fecunda del continente, en todo género de tesoros naturales. De aquí que en tiempos en que la fuerza era todavía el único derecho entre los hombres, los pueblos que circundaban el Mediterráneo por espacio de muchos siglos, y también sus vecinos, y otros, hasta la distancia del mar Báltico, emprendieran la conquista según que tuvieran mayor poder y civilización. Ocasionando sin duda muchos abusos, desafueros, perjuicios, guerras y desastres, los sucesivos conquistadores introdujeron en la Península sus hábitos, leyes, costumbres, industrias, artes, ciencias, y sin saberlo ni quererlo, todo un tesoro de conocimientos humanos; y por supuesto, variedad y riqueza incomparables en la lengua, que definitivamente debía quedar y quedó perteneciendo al pueblo español, recuperada que fué por él, con singular heroísmo, su total independencia.

El nombre de iberos de los primeros pobladores de la que se llamó Iberia, no contradice nada de cuanto dejo sentado, pues que no significa, en todo caso, sino que, llamándose Iberia aquella península, creyóse que debían llamarse iberos sus pobladores, que no eran sino los vascos; y he quedado además persuadido, por el presente estudio, de que á la llegada de los Celtas, habían ya comunicado con los iberos ó vascos, otras razas, principalmente, la helénica y la hebrea.

El Pro. Dr. Don Bernardo Aldrete escribió muy eruditamente acerca del origen y principio de la lengua castellana, trabajo que dedicó á Don Felipe III en 1606, la misma fecha en que empezó á escribir el padre Mariana; pero Aldrete lo hizo en Roma, en la biblioteca del Vaticano, indudablemente la más rica en códices, en pergaminos y demás escritos de la antigüedad que existía y existe en el mundo, y después de esta ventaja, tiene el autor la muy especial, de comprobar todas sus numerosas citas con el texto de los originales.

Romanos y griegos afirman que la lengua latina es derivada de la griega. Así nos lo enseñan el latino Quintiliano como el griego Dionisio de Halicarnaso. Los aruncos, rótulos, pelasgos y demás habitantes de la antigua Itália hablaban la lengua griega.

Los citados autores nos dicen además que los romanos aceptaron gran número de los vocablos de la lengua que encontraron en España después de establecida su dominación. Stéphano asienta que Roma mismo fué en su origen fundada por españoles, llamados sicanos, y que los sículos, que poblaron la Sicilia, eran griegos. Philisto asegura también que los sicanos eran españoles, y lo confirman Silio Itálico y Strabón, por autoridad de Phéforo. Virgilio lo afirma, y Servio añade que hicieron su asiento en el lugar en que después fué fundada Roma, de donde los obligaron los naturales ó aborígenes á refugiarse en Sicilia con su Capitán Sículo, quien dió nombre á la isla. Los sículos, griegos y los sicanos españoles, precedieron en Italia á la época de la fundación de Roma por Rómulo y Remo. Los sículos llamaban á Italia la magna Grecia, y Trogo acusó á Dionisión el tirano por haber perseguido á los sículos, cuando tenían ocupada la Italia hasta la Galia Fogata seguidos de los Humbros, gente muy antigua de Italia. Todos estos datos están confirmados por Varrón.

El alfabeto romano se compone de las letras que llevan hoy el nombre de mayúsculas, y bien examinado, resulta ser el mismo de los griegos, siendo comunes á ambos los caracteres A, B, E, Y, K, L, N, O, P y Z. Diez entre veinte y uno, y esto lo afirman San Isidoro, Plinio, Atheneo, y lo afirma Politiano, por el ejemplar de Virgilio que está en la biblioteca del Vaticano, y con él Tiberio Donato, y también Don Antonio Agustino, en vista

de la primera edición de las Pandectas, que está en Florencia, escrita en el año de 90.

Por lo difícil que es la escritura en esos caracteres, usaban los Romanos tan á menudo las siglas, singulas ó singularias, especie de abreviaturas. Eran, dice Paulo, figuras que comprendían muchas letras y aun dicciones, al modo que lo hacen los chinos y japoneses, y Quintiliano las llama imágenes. San Isidoro asegura que Ennio reunió hasta mil ciento, y Séneca llegó á conocer cinco mil. César escribía sus cartas en estas cifras. Los godos, al mismo tiempo que mezclaban en España su lengua con la latina, introdujeron el alfabeto minúsculo, evitando mucho el romano, y fué Don Alfonso el sabio quien ordenó por fin que aquel fuese obligatorio.

Con estos y otros antecedentes, que encuentro en la erudita historia de Aldrete, voy procurando probar cuál es el contingente con que la sabia lengua griega debió contribuir en España á la modificación del lenguaje peninsular primitivo.

Prescindiendo por ahora, de todo lo que el latín tenía del griego, i que sin duda trajeron los romanos á la Península, hay todavía abundantes motivos para asegurar que el castellano encierra mucho de la lengua helénica.

Que hubo escuelas en España antes de la dominación romana, lo dice Strabón, mencionando la muy célebre de Córdoba. Domitio Isquilino, griego, que vivió más de cien años, enseñaba su lengua en España, y Ausonio dejó un largo catálogo de griegos y latinos que tenían esta profesión en la Península. Debe tenerse presente, que así los celtas, primeros extrangeros aparecidos en ella, segun Mariana i Lafuente, como los cartagineses, llegados después, no eran agenos á la lengua griega.

Hay otras autoridades corroborantes de lo que vengo diciendo. Doscientos años antes de la destrucción de Troya, y como mil cuatrocientos antes de la éra cristiana, los griegos de Zacinto fundaron i dieron el nombre de su patria á la ciudad de Sagunto, según lo dicen Strabón y Plinio. Por el mismo tiempo vino á España Dionisio con Luso ó Lysia y Pan, tomando del primero su nombre la Lusitania, y del último la España, por haber quedado Pan de lugarteniente ó gobernador.

Aun hay más datos del conocimiento de la lengua griega en España. El moro Racis escribe que Hércules vino á España en el año de 1295 de la éra de Adán y que su reinado duró hasta el año 3.000 de la misma éra; y siendo Hércules tebano, debió ser griega la lengua que él introdujo.

De Hércules quedaron cosas memorables en la Península, y algunas de evidencia incontestable. Herodoto y Diodoro Sículo hablan de un Hércules egipcio que venció en la Península á los Geriones, y Pomponio Mela dice que fué enterrado en el templo de Cádiz, famoso por todo el mundo, y en el cual existían las tres aras de que habla Philostrato, dedicada una al tebano y dos al egipcio, y añade, que en aquel templo estaban las columnas de Hércules con inscripciones que nadie sabía leer.

Tenemos de Píndaro una expresión relativa á aquellas columnas: él dijo que "sabios y necios tendrían siempre por inaccesible lo que existiese después de ellas." Según Strabón, estaba escrito en estas columnas lo que había costado el templo.

Esto todo está diciendo, bien que sin cronología, que los griegos y su lengua fueron conocidos en la Península en muy antiguos tiempos. ¿Dejarían de

introducir en los pueblos peninsulares, una parte de su culta y sonora lengua?

Insistiré todavía más en el propósito, pues que desautorizado como yo me contemplo, estoy atreviéndome, sin embargo, á concebir, y, por consiguiente, decir, aquello de que han creído deber prescindir, los dos más célebres historiadores de España.

Que los griegos conocieron ya en edades remotas tierra peninsular, se prueba también con la autoridad de Plinio, quien nos refiere que llamaron al estrecho de Gibraltar Portmos, mientras que á los demás estrechos los llamaron Bósforos. Aeliano, refiriéndose á Aristóteles, dice que las columnas de Hércules se llamaban primero columnas de Briareo, y Eustatio añade que antes se llamaron de Saturno, y que se les dió el nombre de Hércules mucho más tarde, por grandes bienes que el tebano hizo á España.

Verdad es que Adriano, y con él algún otro, dudan de la exactitud de esas relaciones históricas tan remotas, pero sin más fundamento que el de que podían muy bien haber sido desfigurados los hechos á que se refieren, en el curso de tradiciones seculares. Yo creo que sería tan erróneo condenar lo que afirman tantos autores de antiguo y actual renombre, como sería atrevido afirmarlo concluyentemente. No siendo mi ánimo en este discurso sino probar cuanto me sea posible, lo que los antiguos españoles recibieron en idioma y lenguaje por el trato con los griegos, no he debido prescindir de apoyarme en autoridades de tan racional como merecida consideración.

Aristóteles nos dice que desde Italia, y por entre celtas, galos y celtíberos hasta Cádiz, abrieron los griegos camino y llegaron al extremo con gentes que por aquel tiempo venían del Asia, y que hoy podemos congeturar que fuesen parte de esas emigraciones llamadas

arienses, restos, con gran probabilidad, del antiguo pueblo sanscrit. Strabón concurre á esta afirmación de Aristóteles, cuando escribe que el camino venía por Tarragona, pasaba el Ebro junto á Tortosa, y venía por Sagunto, Xatina y los Espartales, á veces junto al mar y otras nó, llegando á Clàston y Obulco y de allí á Córdoba y á Cádiz. El moro Racis confirma también lo dicho por Aristóteles, cuando refiere que Carmona existe sobre arrecife, que comenzaba en la Huerta de Narbona, que entre uno y otro hay mígeros, que el que los anduviese nunca saldría de arrecife, si no quería, y que este arrecife fué hecho por Escoles, que quiere decir Hércules.

Aun hay más afirmaciones del antiguo trato de los griegos en la Península. Strabón, tomándolo de Possidoneo, Artemidoro, Asclepíades y Mitiano, que fué maestro de gramática en Andalucía, habla de la ciudad Ulisea y del templo de Minerva fundado por Ulises. De modo que también tenemos con esas autoridades, motivos para aceptar, como posible, que después de la guerra de Troya, vino aquel á visitar y fundar en el actual territorio de España. Justino asienta que los Cretanos eran del ejército de Hércules, y que el hijo de Hércules, unido á Lindo, también griego, poblaron las islas de Mallorca y Menorca, y que los phocenses fundaron á Empurias.

En Málaga se conservaron vestigios griegos hasta el año 1600 de nuestra éra, y entre ellos, media columna que estaba en el hospital de Santo Tomé, y todavía en esa fecha conservaba inscripciones griegas en doce líneas, casi enteramente borradas en sus finales.

De la venida de los griegos á España hace también mención San Gerónimo.

Strabón y Trogo Pompeyo dicen, que Tenero y Anfiloco vinieron á Galicia, fundaron ciudades y se internaron.

Los pueblos y lugares de España cuyos nombres vienen de la lengua griega, son muchos, y mencionaré algunos: Aspaula está situado por Hirtio junto á Badajoz. De la palabra griega que en castellano suena balear, se llamaron Baleares las islas que llevan este nombre. Pomponio Mela llama el lugar en que hoy existe Gibraltar con el nombre de Cartella. Algeciras, según el mismo autor, es la antigua Heraclea fundada por Hércules. Plinio sitúa á Melaria, donde existe hoy Tarifa. El cabo de Trafalgar se llamó por los griegos promontorio de Juno. Cartaya estaba situada cerca de Huelva. Henares se llamó Tagonio, y Guadalajara, Characa. De Carmona, lugar de Andalucía, hablan Strabón y César, mencionando la ciudad y su fortaleza. Tito Livio habla de Caunius como de un monte de los celtíberos. Evandria ó Evandriana, según Tholoméo y Antonino, estaba á doce millas de Mérida.

Otra gran prueba del contingente con que el griego concurrió en remotos tiempos á la formación de la lengua peninsular, es el gran número de vocablos que tiene el castellano de ese ilustre antecesor.

Vergara imprimió un catálogo muy copioso de voces griegas recibidas en el castellano, el maestro Francisco Sánchez dejó otro, uno más se debe á Aldrete, y Andrés Rosendo hizo un acopio de más de quinientas.

Las que yo he podido lograr en los autores consultados, las coloco en una nota número 2.°, para evitar la interrupción de este discurso.

He hecho todo lo posible por reunir preciosos y múltiples datos históricos, que con mucha pena veo que merecieron poca atención de los príncipes de la historia peninsular; pero revelando aquellos que la lengua de nuestros padres, que nosotros tenemos la fortuna y la honra de hablar, tiene entre sus riquezas un caudal de origen griego, creo venir cumpliendo una verdadera obligación.

Paso ahora á probar lo que la hermosa lengua de España debe al Hebreo, porque el omitirlo sería, á mis ojos, una falta.

No pocas autoridades admiten que Nabucodonosor, rey de Babilonia, después de haber destruido á Jerusalén y llevado á su capital, ya cautivo al pueblo hebreo, prosiguió sus conquistas destruyendo á Tiro, el Egipto, y lo demás de las costas africanas del norte, y entró en España, y la dominó con numerosos indios asiáticos, que hoy debemos suponer emigraciones arienses, á los cuales se atribuyen fundaciones como las de Toledo, Sevilla, las villas de Yepes, Alberche, Azeca, Escalona, Maqueda, Melgar, Tembleque y Romeral, dando el nombre al río Betis. El primero que esto afirma es Strabón, más hay otra autoridad que lo sostiene, en mi concepto irrecusable, cual es Josefo, el más acreditado de los historiadores hebreos.

Megástenes es, sin embargo, el autor más importante de la parte histórica de la ocupación de España por Nabucodonosor, entre cuyas fuerzas asegura que vinieron hebreos que fundaron en la península las primeras Sinagogas. El motivo de la expedición se dice que fué el de vengar el socorro que españoles dieron á los de Tiro, cuando Nabuco la tuvo cercada.

Los historiadores hebreos, comentando los libros de los Reyes establecen, que Pirro vino á España con gran número de judíos. Esto está negado por el padre Mariana, y también por otros escritores de la iglesia católica romana, en esas épocas de persecuciones implacables á todo lo que fuese judaico.

La cronología de los hebreos, llamada Seder Olan Zuta, refiere también, que en tiempo de Vespasiano hubo una emigración de israelitas de la tribu de Judá á España; de modo que á pesar de todo lo que han querido los escritores católicos romanos

negar, omitir, ó dudar, respecto del pueblo hebreo, por lo dicho, y por todo lo que sabemos de la expulsión de millares y millares de israelitas de España, cuando su rey arrojó tantos capitales y tan numerosas industrias, para no tener otros vasallos que los católicos romanos, es imposible dejar de reconocer que la residencia secular de los hebreos en la península, ha debido producir los efectos naturales del trato diario en el uso del lenguaje.

Los rabinos escritores de la historia de su pueblo, que no convienen en la venida de Nabucodonosor á España, es porque afirman que mandó á su capitán Pirro con gran número de israelitas, que fundaron á Lucina ó Lucena y otra ciudad en Toledo.

El mismo Bernardo Aldrete, que con singular empeño niega la venida de Nabuco y la de Pirro á España, escribe á la página 315, que "en aquellos miserables tiempos en que estas gentes (los judíos) podían con los príncipes cristianos, crecieron en tanto número, que les parecía que se podían vender por los primeros ó más antiguos pobladores de España."

El hebreo completó los nombres de objetos pertenecientes á la religión, y de él tenemos muchas palabras, entre ellas las siguientes : amén, cabalista, fariseo, jubileo, hossanna, querubín, serafín, etc., etc.

Además, para el trato comercial debemos al hebreo muchas otras, como : bolsa, cofre, mezquino, pitanza, tacaño, quintal, recua, zamarra, etc., etc., etc.

De este idioma vino á nuestra lengua, el no variar de casos los nombres.

Después de haber hecho mención de las contribuciones de lenguaje con que enriquecieron la lengua primitiva de España los griegos y los hebreos, y prescindiendo de si Gerión, que vino á la península y como caldéo tuvo que introducir, á la vez que su gente,

vocablos de su lengua, cosa que dudo, porque la palabra Gerión no significa sino peregrino; y prescindiendo también de repetidas y antiguas menciones históricas, de que los egipcios, con su Osiris, hubieran visitado el territorio español, paso á identificarme con las grandes autoridades de Mariana y Lafuente, en lo que ambos tuvieron por indudable, refiriéndose á los Celtas, que de manera evidente fueron invasores y ocupantes en la Iberia.

El pueblo celta es de origen muy remoto, fundado por los fenicios, vecinos de la Grecia al Norte, y se derramaron por toda la Europa continental y aun por la Gran Bretaña. Llegados á España, se encontraron con iberos, habitantes primitivos, que, según lo que dejo probado, eran los mismos vascos, y de tal modo se condujeron,que acabaron por confundirse ambas poblaciones en gran parte de la península, constituyendo lo que se llamó pueblo celtíbero. Su mayor población estaba en Segovia, Calatayud, Medinaceli, Ucles, Huete, Agreda, Numancia y las Cumbres de Moncayo. Fué nación guerrera, que más tarde resistió á los ejércitos romanos heróicamente, y que en el Senado de la señora del mundo se llamó *natio revelatrix*. La historia los llama los hombres de los bosques, pero ellos tenían necesariamente su idioma, y fueron mezclándolo con el ibero, que yo considero ser el vasco; de cuyo contacto, como del de sus creencias, leyes y costumbres, fué retirándose al norte gran parte de la población indígena, á conservar su independencia en las fragosidades del Pirineo y las costas del mar de Cantabria.

Tenemos, pues, un contingente,y un progreso más en la lengua peninsular, de que son pruebas las palabras del castellano que constan en la nota número 3.° Mayáns asoció esta lista con otros vocablos, y un autor francés, citado por "La Disertación," menciona

setenta voces célticas y doscientas veinte celtíberas, encontradas en el castellano.

Gran pueblo del Asia, entre el Mediterráneo y el Líbano, fué el fenicio, fundador de la opulenta Tiro y de Sidón, ciudad del Epiro, que usaba el alfabeto griego, y estaba muy adelantado en filosofía. Uno de sus hijos, Mosco, fué el primer materialista que explicó la formación del universo, segun la teoría de los átomos. Fueron también los fenicios los fundadores de Tebas, Utica, Lípone, Lébedos, Marsella, Ampurias y otras ciudades en Africa y en Europa. Era el pueblo más adelantado en astronomía, en las artes navales, el comercio, y dedicaron á Hércules la ciudad de Cádiz. Eran los fenicios un pueblo ilustrado hasta un alto grado, y que necesariamente tenía una lengua de notable perfección, parte de la cual vino á ser otro rico contingente adquirido por la Península. De ellos tiene el castellano, *gadir*, *adera*, *escalón*, *sidonea*, *noves*, *yepes* y muchos otros nombres geográficos.

Pero odiados por los celtíberos, estos pidieron auxilio á los cartagineses, quienes, al expulsar á los fenicios, se apoderaron de la España como de presa suya. Procedentes de Africa, ocupando en ella una Península unida al continente por el sur, eran los cartagineses, según se cree, descendientes de los fenicios, y como ellos, y más que ellos, navegantes, dedicados al comercio, y constituyendo ya un poderoso estado, que dominó gran parte del Asia, colonizó en Córcega, conquistó la Cerdeña, dominó á Sicilia y vino á enseñorearse de la España. Disputó á Roma el imperio del mundo entonces conocido, sosteniendo tres guerras, á cuyo término fué Cartago exterminada por su rival. Doscientos veintitrés años A. de C. aparece que Asdrúbal fundó la Cartagena actual de España, aunque antes, según Silvio Itálico, Teneo, hijo de Telamón, carta-

ginés, fundó otra Cartagena en territorio de la Península, á orillas del Mediterráneo, cerca de Tarragona, y vino á llamarse Cantavieja. Este pueblo poderoso, adelantado en todos sentidos, activo y emprendedor, trajo necesariamente á la Península su lengua, que debía ser tan rica como lo requerían todas sus circunstancias, las cuales le daban tan eminente lugar en la civilización de aquel tiempo. I tenemos, por consiguiente, otro rico contingente en la formación del castellano.

Poderosa rival de Cartago, al cual venció, destruyó é hizo desaparecer, Roma no podía menos que aparecer en la tierra de nuestros padres, no sólo para arrebatar á Cartago lo que dominaba, sí que para asentar su imperio en una región que se consideraba la más rica y fecunda de las entonces conocidas ; y con una lengua hija de la griega, perfeccionada por todos esos talentos que todavía admiramos, y que sirven de modelo á la literatura de nuestros días, no podía menos que llegar á ser una verdadera nodriza del habla castellana todavía en formación. No fué difícil el logro de ese ambicioso designio, y expulsados los cartagineses empezó la dominación romana, que perduró ochocientos sesenta años, no sólo por la superioridad de sus fuerzas sobre las que pudiera oponerle el pueblo celtíbero y los de Cartago, sí que por la indispensable seducción que debían ejercer su civilización, leyes, literatura, costumbres, y todas las manifestaciones sociales. Llegó la España á convertirse de tal modo en romana, que gran número de peninsulares sobresalieron en elocuencia latina, como Tulio Lidio, Lucello, el primer Quintiliano, el célebre Séneca, Lucano, Marcial, Mela y Moderato, los cuales hasta embellecieron el idioma del Lacio.

De aquí que pueda decirse y se diga, que ella

fué segunda madre de nuestra lengua, aunque esta debiera ser modificada, como lo fué, por el largo espacio de tiempo que, después de los romanos, ocuparon la Península los vándalos, los godos y los visigodos, y después de ellos los árabes.

Los godos eran una gran nación teutónica establecida en la Escandinavia, siglos antes de J. C. Dos siglos después avanzaron sobre el Danubio invadiendo la Europa en el IV y V, divididos en ostrogodos y visigodos, quienes llegaron, y definitivamente triunfaron en España, para levantar el trono de Ataulfo, que dominó hasta la monarquía de don Rodrigo. En una dominación de muchos siglos, es evidente que una vez más se enriqueció el castellano con un caudal extraordinario de voces de origen escandinavo, y dará una idea de lo que fué ese contingente, la lista de los vocablos godos, que por no interrumpir el discurso, coloco en la nota número 4°.

Durante la dominación goda, las creencias religiosas de la población peninsular quedaron libres de lo que el politeísmo greco-romano habia alcanzado en España, y el cristianismo introdujo gran número de vocablos en la lengua. Entre ellos citaré los que he podido encontrar en los autores consultados: apóstol, blasfemia, catecismo, diócesis, evangelio, gerarquía, heregía, idolatría, letanía, martirologio, neófito, obispo, profecía, teología y otros por el estilo. Confundida así la raza goda con la celtíbera y con los restos fenicios, cartagineses y romanos, quedó reinstalada la que pudiera decirse nación española, recuperando nuestros antecesores su querida independencia, y empezaron los reinados y los sucesos de una historia de grandes progresos en la unidad política, en la uniformidad de las leyes, y muy especialmente en la lengua, con caractéres de una literatura nacional; siendo casi su fundador el sabio rey Don Alfonso,

quien trajo las leyes al idioma patrio, fijó la suerte de la escritura, y con crecido número de producciones de su talento, puede decirse que creó una nueva edad en la vida nacional.

Los últimos invasores y ocupantes de la España fueron los Arabes, pueblo de origen asiático, asentado en Africa, y que pretende descender de Ismael, hijo de Abrahán. Con filósofos de la escuela aristotélica tales como Avicena y Averroes, fecundos oradores y poetas, habían traducido al árabe todo lo mejor de la literatura griega, y eran sobresalientes en filosofía, historia, geografía, física, matemáticas, astronomía y medicina. Sus escuelas de Sevilla y Córdoba adquirieron gran celebridad, y en el siglo nueve Sansón y Eulogio exponían las Santas Escrituras en idioma árabe. Según el abate Andrés, en la plenitud de su dominacion en España, eran los árabes el pueblo más adelantado en conocimientos humanos, que por entonces había en Europa.

Su invasión en la península ocurrió trescientos años después de la reinstalación de la independencia española, y su dominación se extendió en la parte meridional del territorio durante ocho siglos, y es necesario convenir en que el árabe, tan rico y tan sonoro, hablado en casi la mitad de la península y por espacio de tiempo tan dilatado, vino á ser un octavo y poderoso contingente en la formación del castellano. Mayáns, en su diálogo de las lenguas, en 1773, llegó á contar 900 voces arábigas, á las cuales pueden agregarse algunos vocablos más que he podido encontrar en los autores de que me he valido para cumplir aqueste deber, y son, abuguilla, acenite, azúcar, agosto, abril, azador, atriaca, aloe, banco, ballena, verruga, beso, bolsa, camisa, camello, callo, canál, calesa, candil y castaña.

Hay otras palabras en el castellano encontradas por Aldrete, que con toda probabilidad pertenecen á la lengua primitiva de la península, pero á las cuales el uso ha sustituido paulatinamente otras palabras: son pocas, y mencionaré tanto las primitivas como las sustituidas: aspalato, que hoy se dice planta; briga, que es ciudad; burbaciones, que son vetas de piedra imán; cantús, que es pieza de máquina; y tambien se decía: cetra por escudo; celia ó ceria por bebida; cocolobis, por bidueño; tuscalión, por coscoja; dureta, por asiento; y falárica, llamaban el arma, y lancea, la lanza; laurices, los zapatos, y lebericles era el nombre de los conejos; y el junco se llamaba melancrenas, y á un pez catas-pisi.

Después de averiguado, hasta donde en la actualidad es posible, cuál fué la primitiva lengua que se hablara en la península ibérica, y de haber demostrado que otras ocho, todas distintas, y cada una de ellas la más civilizada de su tiempo, vinieron sucesivamente enriqueciendo y perfeccionando por siglos lo que hoy llamamos el castellano, paréceme haber demostrado como segundo tema de este discurso, que nuestra lengua debe ser y es la más copiosa de las vivas y la más acabada.

En *El Argentino*, de la provincia de Entrerríos (Paraná) del 23 de Enero del presente año, bajo el título, "Catecismo popular," corre un extracto ó cuadro hecho por Dionisio González, el cual es como sigue: "Voces de que consta la lengua castellana, así:

Procedentes del latin	5,400.
Del vascuence	1,800.
Del árabe	1,600.
Del gótico	800.
Del francés	300.
Del hebreo	100.

Del italiano.....	100.
De varios del nuevo mundo.....	100.
Del inglés.....	50.
Del alemán.....	30.
Del persa.....	20.
Del sanscrit.....	20.
v de origen desconocido.....	5,680.
Suma total.....	16,000.

Es sensible no tener más datos sobre tan importante demostración, para que ejerciera todo su debido influjo en la materia. Como ella concuerda tanto con el resultado de los estudios que sirven de base á mi discurso, me ha parecido que no debía prescindir de consignarla, como una adquisición que acabamos de hacer en Venezuela, cuyos conocimientos no se cruzan con los de la patria del inmortal San Martín, sino á través de meses y por vía de Europa. En este cuadro vemos que después de la riqueza latina de nuestra lengua, el mayor contingente ha sido el vascuence, lo cual no hubiera podido suceder, si el pueblo vasco hubiese estado siempre reducido á las fragosidades y posiciones inexpugnables, en que por tantos siglos resistió á todos los conquistadores de la península.

No es en el estado de una guerra secular, que pudiera haber contribuido el vascuence al idioma castellano, con el mayor contingente, despues del latino, que dominó 860 años. Lo rigurosamente lógico es que ese pueblo refugiado en aquellas asperezas, con su lengua, sus leyes y sus costumbres, fuese el primitivo poblador de todo el territorio peninsular.

Concuerda del mismo modo ese cuadro del distinguido Dionisio González, con el segundo tema de este discurso, es decir, el número y calidad de

poderosos y civilizados contingentes, con que acabó de perfeccionarse el idioma castellano.

Paso ahora al tercer tema de mi estudio, analizando las excelencias del castellano. Es mi opinión que la primera de todas las ventajas de nuestro hablar consiste en sus cinco vocales, de sonido único y constante, y como lo dice su nombre, verdaderamente vocales; de modo que sin medios sonidos, ni tercios ni cuartos de sonido, y sin sus mezclas, resulta indudablemente más agradable al oído y de mayor sonoridad. Está exenta nuestra lengua de repetición de consonantes en un mismo vocablo, unas veces mudas, y otras produciendo sonidos arbitrarios, sin dulzura ni claridad.

Muy abundante, como es, pueden llamarse escasos, sin embargo, esos sonidos duros ó desagradables de la *C* fuerte y de la *K*, y de aquí le viene cierta nitidez que la distingue notablemente de todas las lenguas vivas. Está exenta de nasales, de cambiantes ú oscuridades de sonidos indecisos. Sus tres acentos le comunican franqueza y libertad, dándole diversidad y oportunidad á la medida de las palabras, cadencia á la frase y número al período. La prodigiosa diferencia de sus terminaciones que Iriarte reunió en catálogo, hasta el número 4.000, dá al habla castellana tesoro de libertad musical, porque todas son cabales, dulces y sonoras. La acentuación, clara y multiforme de nuestras palabras, desde una sílaba hasta catorce, es una prueba de buen gusto inestimable, que contribuye á la facilidad de la articulación, al mismo tiempo que presta cadencia á la oración.

Es grandísima la ventaja que tiene nuestra lengua por la abundante copia de sinónimos y semi-sinónimos. No es menor la de añadir á los nombres sus epítetos, formando una sola palabra. Para el amor ó la ternura, para la compasión ó la dulzura del sentimiento, es tan

copiosa, como para el desenfado, el enojo, el menosprecio y el imperio. Tenemos aumentativos y diminutivos de diferentes clases, que son una verdadera riqueza, como lo prueba Garcés con su acostumbrada exactitud. Los refranes del castellano de que tan eruditamente trató Don Juan Lucas Cortez, y de los cuales hacemos usos tan oportunos, son una verdadera y múltiple joya, en que el castellano excede á todas las lenguas vivas. La facultad de hacer de dos palabras una, como cuando decimos: rostrituerto, carirredondo, boquifruncido ó cariacontecido, constituye una verdadera excelencia en nuestro idioma.

El hablar del Lacio, al transformarse, obtuvo mejoras en el habla castellana. Citaré algunas palabras que he procurado encontrar en autores consultados: cíntur, despectrus, interdictum, lacte, nocte, octo, de las cuales hizo el castellano, cincho, despecho, entredicho, leche, noche, ocho, evitando la concurrencia de la c y de la t, que como dice Aldrete, producen sonidos duros y desagradables.

Es verdad que perdió el romance una parte de la elegante variedad de las terminaciones á que daba lugar la declinación de todos los nombres latinos, y también lo es, que la multiplicación de artículos y preposiciones mengua la soltura, la rapidez, y la armonía del lenguaje; pero en cambio lo enriquece mucho tener en su alfabeto tres letras más que el de su nodriza, y la feliz graduación de aumentativos y diminutivos, y que sea su hipérbaton mucho más libre, y que carezca de las anfibologías de la lengua del Lacio, á las cuales se refiere Cicerón, censurando á Ennio, y que cuente, en fin, con sus afijos simples, dobles y triples.

La acentuación de los vocablos, por razón de agudos, graves y esdrújulos, es otra superioridad del castellano, que le presta gala y gran armonía á la dicción,

Respecto de la abundancia de nuestro idioma, pudiera decirse que no hay objeto ni idea imaginable, que no tenga en él, su expresión con propiedad. Ofreceré algunos ejemplos :

Al hijo de la vaca se le llama en el primer año añojo; y según crece, vá tomando el nombre de ternero, novillo, utrero y toro; y al de la oveja, cordero, borrego y carnero, según la edad: aljófares llamamos á las pequeñas perlas, asiento á las desiguales, barruecos á las regulares, perlas á las perfectas, y margaritas á las de todo punto sin tacha : venado, ciervo, gamo, paleto y corzo, que parecen una misma raza, los distinguimos con esos mismos nombres ; y al perro con todos los siguientes : alano, chino, dogo; gozque, galgo, faldero, lebrel, mastín, tachón, perdiguero, planchete, podenco, sabueso, ventor, de agua y de presa.

La sensación que experimentamos en el cuerpo, por el efecto de fuerza agena sobre él, tiene veinte y cuatro palabras con que ser mencionada. No hay sonido de voz de bruto que no tenga palabra nuestra que la distinga, y para esta sola distinción tenemos veinte verbos y otros tantos sustantivos.

Cinco novelas tenía el castellano en 1793, según he visto en la "Disertación sobre la lengua castellana," todas ellas de cierta extensión, y en cada una de ellas faltaban en todo su contexto una de las vocales ; y las hay que con una sola vocal, producen raciocinios enteros y hasta páginas.

En cuanto á la propiedad, es decir, la identidad del sonido de la palabra con su significado, es igualmente rico el castellano. Ta-ta, es como empieza á hablar el que tiene impedimento orgánico, y el castellano lo llama, tartamudo. El sonido nasal que otros expiden al hablar, tiene el nombre de gangoso. Como después de un esfuerzo en la carrera, involuntariamente respiramos

haciendo oir ja-ja, llamamos jadeante al que produce ese sonido.

Muchas voces parece como que revelan su significado, como por ejemplo, silbar, sorber, chasquido, triquitraquis, chichón, chiquito, cisne y multitud de otras. Para la historia, la filosofía, la medicina, el arte militar, la poesía y la generalidad de las ciencias y las artes, tiene nuestra lengua grandeza, majestad, imperio, dulzura, gracia, agudeza, y cuanto necesita la expresión de las ideas y sentimientos humanos.

En cuanto á la pronunciación y su consiguiente sonoridad, está generalmente confesada la superioridad del idioma castellano.

La sintaxis encierra todo un tesoro para el buen decir. Tiene sus reglas de indispensable observancia, para evitar trasposiciones oscuras y cacofónicas de mal gusto; mas tiene libertad fecunda en resultados agradables. Rara es la frase cuya estructura, no pueda el orador variar colocando cada palabra donde más convenga al énfasis, claridad y precisión ; libertad de que carecen en tanto grado las lenguas contemporáneas. Pondré un ejemplo : Díjele á usted ayer que condujera esos libros á la biblioteca : ayer dije á usted, que condujera esos libros á la biblioteca : á la biblioteca dije á usted ayer, que condujera esos libros : que condujera esos libros á la biblioteca, le dije á usted ayer: esos libros, dije á usted ayer, que los condujera á la biblioteca.

Esa libertad presta al orador ventajas inapreciables, porque aumenta la cantidad de la palabra que quiere recomendar al oyente, según la colocación que le dá en la frase, y queda así el énfasis á la voluntad del que habla.

Todavía proporciona esa libertad otras ventajas en nuestra lengua, porque además de la cantidad para el énfasis, se consulta la cadencia, escogiéndose á voluntad

la terminación, para que nunca el último eco deje de ser agradable al oído ; y las terminaciones suaves ó dulces, así como aquellas que comunican á las palabras, ya sea la gravedad, ya la energía, son todas en el castellano de una propiedad perfecta, y dan cierta significación especial á las voces.

Por estas y otras bellezas del castellano, agregadas á su riqueza, que universalmente vemos reconocida, es tan fácil en nuestra oratoria revelar bien cuanto imaginamos y adornarlo con verdadero esplendor, elevándose el orador hasta las seducciones de la elocuencia.

El mismo idioma del Lacio, podemos decir que al pasar al castellano, fué ventajosamente modificado en muchos casos, como por ejemplo : prejudicium, que nuestra lengua llama perjuicio, y cuadraginta, que se convirtió en cuarenta ; y la *b* anterior á la *d*, de cabdal, y cabdillo, fué cambiada por la *u* y resultan caudal y caudillo, ganando mucho en sonoridad. Jacob, en que queda la *b* disonante, se convierte en Jacobo. La *c* del latín en respecto, fué suprimida con ventaja.

Otras reformas ha venido haciendo el castellano para llegar á su perfección. La *f* en faciendo, fazaña, y fembra fué suprimida, sustituyendo la *h* que es más apacible : la *g* en fin de sílaba, que era áspera, fué abandonada; y la *m* en los finales se trocó por *n*, que es más suave. Por ese estilo, ha venido el castellano dulcificando los vocablos, ya latinos, ya propios suyos, hasta adquirir sus actuales excelencias.

Volvamos los ojos atrás, á fin de encontrar los nombres de aquellos españoles á quienes debe el idioma el haber sido restaurado, después que el heroísmo de sus hijos consolidó la independencia de España. Les debemos ese recuerdo, porque nos dejaron nobles ejemplos de asidua contracción á la mejora de nuestro hablar, y clásicos modelos que debemos imitar.

Arrojados los árabes hasta el Guadalquivir, enriquecida la lengua peninsular por siete otras lenguas, cada una de las cuales era la más civilizada de su respectiva edad, entró á convertirse en idioma nacional por la autoridad y por el saber eminente del Rey Don Alfonso, décimo de su nombre, en 1225. Poeta, astrónomo, filósofo y buen legislador, son suyas las cantigas y las querellas, y el libro del tesoro, y las tablas astronómicas llamadas alfonsinas, y el Fuero real, y las famosas Partidas. De este modo fijó definitivamente la naturaleza y el rumbo del idioma nacional, que hizo aplicar al foro en los pactos, contratos y juicios, elevándolo á idioma legal, y haciéndolo obligatorio en todos los actos públicos, mientras que como poeta, empezó imitando los exámetros y pentámetros latinos, y cantó al valeroso Cid, y tomó del griego las hermosas terminaciones en *antos* y *esos*.

Vino después en 1474 la ilustre Isabel, que heredó de su padre, Don Juan II el amor á la poesía, y que cultivándola en Castilla, la adelantó grandemente.

La frecuente celebración de Cortes concurrió mucho por aquellos tiempos á la perfección del idioma, y la moda de los romanceros la llenó de sentencias y sales del mejor gusto; así como copleros y juglares, amantes de la gaya ciencia, la ostentaban en sus cantares y en los saraos, justas y torneos.

Como todo lo humano está sujeto á vicisitudes, atravesarónse una que otra vez sombras como la de Góngora, que después de haberse señalado con las primeras producciones de su ingenio, declinó, adoptando la hinchazón, que todavía hoy lleva el nombre de gongorismo.

Aunque el reinado de Felipe II restableció la propiedad de la lengua, en el de Felipe V. tornó el idioma á lo oscuro, entorpecido y afectado, haciéndosele

perder su claridad, sencillez y demas bellezas, lo que dió lugar á que este príncipe erigiese la Real Academia de la Lengua, y favoreciese la formación del diccionario, conjurando puede decirse para siempre, los peligros que al subir al trono amenazaban la inmortalidad de nuestra lengua.

Nueva decadencia trajeron al romance los llamados cultos y la inclinación á la lengua francesa. Paravicino con su estilo afeminado, y la falta de nervio de Solís, volvieron á debilitar el buen hablar, y produjeron la adulteración de la frase y mengua de la claridad en el decir castellano.

En cuanto á la poesía, desde el siglo XI, apareció el ingenio español uniendo la rima conocida de godos y árabes, al verso alejandrino de catorce sílabas, y la de dos tiempos iguales y contiguos. Sobrevino el gusto de las composiciones serias de arte mayor en el que sobresalió el insigne Mena, siguiendo la rima de más artificio, en coplas de ocho, nueve, diez, once y doce versos, y se adoptó luego el corto de asonantes, propiedad exclusiva de la poesía española. Por este tiempo adquirió el castellano la belleza de los superlativos en ísimo, verdadero y feliz progreso, como lo fué la medida por piés que facilita esa docilidad, con que nuestros poetas pueden multiplicar los monosílabos sin mengua de la fluidez.

Al través de los siglos quince, diez y seis, diez y siete y diez y ocho, y sobre los adelantos que el sabio rey Don Alfonso y la inmortal Isabel habían proporcionado al habla castellana, una serie de mas de cuarenta y cinco celebridades, han venido perfeccionándola hasta nuestros días, mereciendo cual más, cual menos, el título de maestro ; y como sería monótona en este discurso la simple lectura de sus nombres, á la vez que interrumpida con los méritos de cada uno de ellos, prolongaría

demasiado la labor que me ocupa, limitaréme á mencionar al insigne Garcilaso de la Vega, inspirador del mejoramiento de la poesía española en el siglo XVI ; á Fray Luis de Granada, creador de la elocuencia sagrada en el mismo siglo ; á la insigne Santa Teresa de Jesús, por igual tiempo, y como ella, á Lope de Vega ; al nunca bien encomiado Fray Luis de León, y al príncipe de los escritores de su tiempo, Miguel de Cervantes Saavedra, que pobre, desvalido y hasta ignorado, con una pluma, levantó su apoteosis, y la impuso á todos los pueblos y á todos los idiomas del mundo civilizado, y la dejó por legado á los siglos de eterna gloria española.

Otros maestros del buen decir tuvo el siglo XVI, y entre ellos el insigne Quevedo, cuyas espiritualidades nos encantan todavía y que con otras notabilidades de la misma centuria, pasaron á ilustrar el siglo XVII. El primero entre todos ellos fué Calderón de la Barca, el fecundo ingenio de las mil y quinientas producciones literarias ; y vino también Mariana, y yá en el XVII y parte del XVIII, Mendoza, Campomanés, Isla, Capmani, Meléndez Valdez, Jovellanos, Moratín y Argensola.

En el presente siglo, numerosos é insignes oradores, escritores y poetas han continuado enriqueciendo, perfeccionando y embelleciendo la lengua de Castilla. No creyéndome competente para singularizar en este acto á ninguno, me ceñiré á decir que hemos llegado á ese hablar divino de Castelar, que en cada una de sus producciones nos descubre todo un firmamento de ideas rutilantes como los astros; y en poesía á un Echegaray, que nos hace extremecer al fotografiar nuestros propios vicios, como fotografiando nuestras virtudes.

La lista entera de esos insignes maestros de la lengua, irá en la página correspondiente, en una nota número 5, en la que quisiera no haber cometido ni

una sola omisión, pero en la cual temo que falten muchas ilustraciones, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros.

Aunque la patria de Bolívar no pudo por muchos años dedicarse á los adelantos de la literatura, sin aspiraciones á equipararse en ingenio á las antorchas peninsulares, sí puede presentar muestras de que el amor á las letras, nació tan pronto como llegaron á su término las causas que habían venido impidiéndolo. Ella puede presentar un número de fervorosos amantes del buen pensar y del buen decir, dignos en realidad de estímulo, y aun de alto aprecio. Yo consigno sus nombres en la página correspondiente, en la nota número 6, absteniéndome de expresar juicios discriminativos por consideraciones que no son literarias, pero que se concebirán fácilmente.

Apenas me será dado mencionar, con satisfacción y orgullo, y sin temor de ofender susceptibilidad alguna, como oradores, al inmortal Bolívar, cuya elocuencia eléctrica fué siempre irresistible, espléndida y magnífica; á Zea, colombiano que, nacido granadino, fué venezolano, y cuyo discurso de instalación de la primera Colombia, considero yo como un monumento eterno de la gloria patria; al modo que á Ramos, de tan exquisito gusto y tan versado en las excelencias del saber helénico; á Peña, abundante y florido propagador de nuestra libertad; á los dulces y sentimentales Maitín y Lozano; á Baralt, que pudo conquistar lugar distinguido entre las notabilidades de la antigua madre patria; al severo Vargas en su género didáctico, siempre robusto; á García de Quevedo nacido en esta tierra, hijo mimado de su segunda española patria; y como filósofo, como escritor, como publicista, como insigne poeta y como filólogo de primer orden, á Bello que ha merecido tantos lauros entre los eminentes literatos de la España.

No menos de cuarenta de mis compatriotas, además de los nombrados, se han dedicado con fervor y con verdadera inspiración, al cultivo del arte mágico de la poesía, y dejo consignados en la nota correspondiente, con el número 6, los nombres de todos aquellos cuyos trabajos he tenido el gusto de conocer.

Hasta donde me ha sido posible he procurado cumplir el deber que me imponía el carácter de Director, con que ha querido honrarme la Real Academia Española, contrayéndome á demostrar que fué el vascuence el idioma primitivo de la Península ibérica, y que seculares asimilaciones de ocho idiomas distintos, correspondientes á los ocho pueblos más civilizados en sus respectivas épocas, enriquecieron y adelantaron el habla castellana y su literatura, de que es hija la nuestra.

Ahora diríjome principalmente á mis respetables colegas miembros de la Academia Venezolana, para ocuparnos en previsiones que considero propias del grave encargo que nos ha dejado la confianza del Alto Cuerpo.

Van á cumplirse cuatro centurias desde el descubrimiento y ocupación de la América por nuestros padres, y en cada una de sus diferentes Secciones, que hoy constituyen quince Repúblicas independientes, así como las demás generaciones que nos han precedido, han tenido que aceptar un gran número de nombres que encontraron, geográficos, científicos, ó pertenecientes á la zoología, la botánica, á los frutos exclusivos de cada clima, á instrumentos de industrias, y á peculiares oficios, y aun profesiones, y á variedad de objetos indígenas, ó han tenido que inventar otros; y es un hecho que la mayor parte de esos nombres y verbos no han sido todavía incluidos en el diccionario de la lengua. Palabras hay también del castellano, que en

este ó aquel punto de la América, se han apropiado como nombres ó como verbos á objetos ó acciones distintos de las definiciones del diccionario.

Paréceme que coleccionar todas esas palabras, consagradas yá por una costumbre ó uso secular, y por tanto irrevocable, podría ser, si nó el primero, uno de los principales trabajos literarios á que estuviésemos obligados para comunicarlo á la Real Academia, á fin de que ejerciera sobre ese vocabulario, la jurisdicción que á ella corresponde.

El rápido desenvolvimiento que llevan las ciencias á la par que las industrias y los demás adelantos humanos, producen la necesidad de otro esfuerzo de parte de las Academias Correspondientes con el noble fin de perfeccionar el diccionario de la lengua que sólo á la Real Academia Española toca ir mejorando de acuerdo con esos y los subsiguientes progresos del mundo. La prueba de esa necesidad procúrase demostrarla con una serie de nombres botánicos, zoológicos, mineralógicos, geológicos, matemáticos y otros técnicos que he colocado en la nota número 7.

Desde luego preveo que el diccionario, por ese grande y rápido crecimiento de las ciencias, de las artes y de las industrias de todos los pueblos civilizados, si ha de llenar los fines de su institución, habrá de crecer con la misma celeridad y lógica proporción, y llegará á ser un diccionario mucho más importante y voluminoso que lo que ha sido hasta ahora.

El astrónomo que descubre un planeta, como el físico, como el químico, como el botánico, como el geógrafo, como el maquinista y el industrial, que hacen un descubrimiento, le ponen su nombre ó el que les place escoger, y esto lo hacen con perfecto derecho, y ese derecho debe ser respetado, propendiendo al

estímulo y á la unidad del lenguaje, de las ciencias, artes é industrias, y á la facilidad de los estudios en los diferentes pueblos.

Probable es que ese diccionario á poco andar haya de constar de muchos tomos, y que se conserve como universal, ó que acontezca lo que está sucediendo con las ciencias humanas y con las mismas industrias, cuyos estudios, profesiones y métodos de trabajo han sido divididos y subdivididos con manifiesta ventaja de la civilización. En tal caso, al diccionario del lenguaje común, habrá que añadir uno ó más de naturaleza técnica, lo que por cierto será una ventaja, porque cada uno se proveerá de la obra entera ó del tomo que necesite para su especialidad.

Terminaré, pues que conozco las excelentes disposiciones de los señores Académicos, mis colegas, manifestando mi confianza de que no omitiremos esfuerzo alguno para dejar bien cumplidos los deberes que nos impone nuestro propio honor, nuestro deseo del adelantamiento de la lengua que hemos tenido la fortuna de heredar, y el lustre literario de la patria querida, para que goce, con el renombre que tanto merece por su probado valor, por la notoria inteligencia de su pueblo, por sus virtudes morales, su genio hospitalario y su intenso amor á la libertad, el de fiel depositario además, de su hermosa lengua.

He concluido, y declaro instalada la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Academia Española.

NOTA NUMERO 1.

En	la letra	A	384
—	—	B	137
—	—	C	176
—	—	D	86
—	—	E	157
—	—	F	309
—	—	G	178
—	—	H	83
—	—	I	21
—	—	J	18
—	—	L	71
—	—	M	154
—	—	N	11
—	—	O	36
—	—	P	92
—	—	Q	17
—	—	R	110
—	—	S	89
—	—	T	31
—	—	U	8
—	—	V	22
—	—	X	66
—	—	Y	2
—	—	Z	63

NOTA NUMERO 2.

Avisar, agracejo, hei, hay, aseo, acontecer, alejar, apelar, artesa, billar, bayo, bambolear, blasonar, balero, brasumar, abrasarse, bramar, brioso, borseguí, buso, busano, broma, vai, vas, va, vamos, vete, gana, dama, enteco, entecado, garbanzo, zeño, zuño, zue, ó zuez, asemitas, tallo, tio, galas, galano, galope, galopar, galocha, chamelote, carca, dada, vos, cola, engrudo, dalma, golfo, copa de argol, cañon para escribir, cravo, cravita, carnero, golpe, copon, meson, mandó, manganeta.

NOTA NUMERO 3.

Marqués, Mariscal, margrave, condestable, y el origen de las siguientes ; acaso, arrendador, baile, bosque, vargas, bramar, comadre, coraje, diablo, diente, escable, fácil, galope, gato, hostalero, jamás, lerdo, mamar, monda, nieto, orgullo, plato, plomo, pala, poca, rueda, saco, sostén, tasa, y urda.

Amasar, marlota, medio, mozo, mostacho, urna, orón, manopla, paje, pelear, para, parlar, patear, panadizo, plato, pleito, arrebatar, arrrebato, paja, incuria, corto, dosis, escarpín, flanco, hipocrás, leso, mucho, naz, nafa, aguanafe, ojimiel, quita, relampaguear, sino, teta, zumo, agonía, bálsamo, cáliz, delfín, emplasto, fama, giro, harpía, idea, laberinto, máquina, nardo, órgano, piélago, rábano, larragles, zaraguelles, cima, zus, suso.

NOTA NUMERO 4.

Ama, bandera, estufa, esgrimidor, arpa, arenque, acá, yelmo, jardín, rodilla, rueca, castellano, asdrusar, balcón, banquete, banco, bosque, compañía, compañero, compás, cantón, capa, capitán, copa, daga, danzar, flota, fino, ganar, guarden, guantes, manera, perla, papagallo, pasar, pesar, quitar, rico, capital, centella, cepo, jugar, codo, cocina, criba, corcho, cuervo, día, dinero, diciembre, enero, espárragos, fama, faja, febrero, fuerza, oyen, horno, humedad, hielo, julio, junio, letra, cervillo, lanza, legía, lirio, lenguaje, marlota, manteles, marzo, millón, mosto, mano, noviembre, orón, oruga, ombligo, octubre, pala, palo, pastel, pegujar, pulgar, pulpo, zaraza, sala, setiembre, hablado, cordón, taberna, trama, toro, vaca, vaquero, vencejo, siroco, jabón, gibia, azacán, azafrán, asecha, acedia, asociar, azotea, azumbre, azucena, adarga, azufre, aguinaldo, ajonjolí, alarife, albahaca, albañil, alboquén, albéitar, albornoz, albarda, albahaca, alcacil, alcabala, alcaria, acuña, alfiler, algodón, alguacil, alhaja, alhóndiga, almacen, almirez, almoferez, algarabón, algarabo, almohada, alquitara, arabán, atabal, aceite, badea, barcena, barcino, bellota, botija, zamarra, zaranda, carmesí, chapín, zapato, chinela, cifra, corsario, carsea, cazador, zahino, fanal, flota, farsa, gaita, ganado, haca, hacanea, auda, hasta, jabalí, lengua, lima, matalahuya, matraca, mazmorra, muladar, mezquino, murciélago, naranja, ojalá, pequeña, picota, porra, quintal, rapaz, rima, recamado, rocín, taza, tarima, trujamán, bandera, godo, Simón, manda, mancera, jáquima, sarco, cerbatana, sendo, vasallos, investidura, prócer, guardia, y otros más.

NOTA NUMERO 5.

Tirso de Molina 1496. Garcilaso de la Vega 1503. Fray Luis de Granada 1505. Santa Teresa 1515. Lope de Vega 1522. Fray Luis de León 1527. Rivadeneira 1527. Cervantes 1543. Góngora 1561. Jáuregui 1570. Quevedo 1580. Marqués de Santa Cruz 1588. Calderón de la Barca 1600. Garcés 1600. Alarcón 1622. Aldrete 1623. Mariana 1623. Mendoza 1628. L. 1695.

Moreto 1700. Arguelles 1700. Campomany 1742 Jovellanos 1744. Meléndez Valdés 1754. Morandi 1760. Argensola 1761. Martínez López 1800. Zorrilla 1800. Bretón 1800. Espronceda 1810. Lista 1810. Reinoso 1810 Toreno 1810. Martínez de la Rosa 1810. Larra 1810. Hermosilla 1810.

La Fuente 1850. Cánovas 1850. Castelar 1880. Echegaray 1880.

NOTA NUMERO 6.

Bolivar el Grande, Zea, Miranda, Peña, Espejo, José Antonio Maitín, José Luis Ramos, Várgas, Abigail Lozano, Baralt, González, Bello, Pedro Pablo Díaz, Juliá García, Isidoro Gómez, Pompa, Michelena, Heriberto García de Quevedo, Camacho, Guardia, Félix Soublette, José A. y Arístides Calcaño, Julio Calcaño, Escobar, Francisco Guaicaipuro Pardo, Francisco de Sales Pérez, Manuel M. Fernández, Manrique, Francisco Pimentel, hijo, Carías, Yépes,

Jacinto Gutiérrez Coll, Hernández Gutiérrez, Ramírez, Felipe Tejera y Miguel Tejera, Cecilio Acosta, Licenciado Francisco Aranda y Ponte, y Vicente Micolao y Sierra.

NOTA NUMERO 7.

I

TÉRMINOS BOTÁNICOS QUE FALTAN EN EL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA.

* acotiledóneo
acrógeno
ágamo
* albumen
ámnios
anatropo
* andróceo
andrógeno
angiospermía
anteridio
* apétalo
* apófisis
apotecio
* aquenio
arilo
arquegonio
* atrofia
atropo
* axila
bacterio
bicolor
bífido
bilabiado
bilobo
bipinado
bisexual
blastema
* bráctea
bulbífero
* cambium
campilotropo
capilicio
* carpelo
carpologia
caúdice
caule
cauloma
cáliz (mala definición)
* celulosa
cenantio
ceráceo
chalaza
cima
circinado
cistolito
citoblasto
cladodio
clinandrio
* clorofila
coleorriza
conceptáculo
conduplicado
conectivo
conferruminado
conoídeo
conyugado
corchoso
coriáceo
corión
cormo
corolifloro
* cotiledón
cremocarpio
* defoliación
dehiscencia
deltoideo
denticulado
diadelfo
diandro
dicline
dicotomía
dicotiledóneo
digino
* diseminación
dístico
* drupa
elaterio
elipsoídeo
empizarrado
endocarpio
endocromo
endógeno
endosperma
* entrenudo
envés
epiblasto

epicarpio
epigeo
epigino
epipétalo
escalariforme
escorpoídeo
* espádice
espata
espermodérmis
* espora
esporangio
espórula
* estandarte
* estigma
* estilo
* estípite
estoma
* estípula
estrato
estróbilo
* excitabilidad
exógeno
exóstosis
extrorso
* fanerógamo
fascículo
filodio
fitozoario
* flora
folículo (mala definición)
folíolo
* fronde
fulcro
funículo
fusiforme
gamopétalo
gamosépalo
generatriz
* gimnosperma
ginandro
* ginecio
ginobásico
ginostemio
glumáceo
gonidio
hesperídeo
* hibridez
* hibridización
* higroscopicidad
himenio
* hipertrofia
hipogeo
hipogino
homodromo
homotropo
imparípinado
indusio
inequilateral
inflado
intercelular
interpeciolar
introrso
* involucro
laberíntico
labillo
* lactescente
lamelado
* látex
* liber
lígula
lingüiforme
lirado
lobulado
loculamento
lomento
macrocéfalo
* marcescente
meandriforme
merenquima
mericarpio
* mesocarpio
* micelio
micropile
monandro
* monocotiledóneo
monofilo
muriforme
muscardina
* néctar
* nervación
núcleo
ócrea
opérculo
* óvulo
palmado
papiloso
parafises
* parenquima
paripinado
* pecíolo
pedicelo
* pedúnculo
* peloria
pelúcido
pentamero
pepónida
* periantio
perigino

* perigonio
peristoma
petaloídeo
pilorriza
pinado
pinatífido
pinatisecto
píxide
placentación
poliadelfo
poliandro
poliédrico
* polínico
polipétalo
* polisépalo
* prefloración
refolipación
prolífero
proliferación
* prosenquima
* protoplasma
quilla
rafe
resupinado
* retináculo
rizoma
runcinado
samara
sarcoma
sépalo
sectil
septícido
septífrago
sicono
sinanterio
sincarpio
sorosis
talamifloro
* talofito
teratologia
tetramero
torsión
umbela
uniovulado
unisexual
utrículo
verticilo
vesícula
* vitelo
* alcaloide
* biología
capilaridad
circumnutación
* colenquima
* caucho
* diagrama
diastase
dicogamía
diclino
* diósmosis
* glicerina
* glucosa
* granulosa
* heliotropismo
* heterostilo
heterogénesis
* insectívoro
intususcepción
macrospora
microspora
* nutación
orquidea
* ósmosis
* periodicidad
* polaridad
polarización
protalio
protogino
protandro

Además faltan muchísimos nombres de plantas muy conocidas; de otras se dan definiciones falsas, y finalmente se mencionan muchas que son enteramente desconocidas

Las palabras marcadas con * son las más necesarias.

II.

TÉRMINOS DE ZOOLOGÍA.

* abasón
* abdmen (mala definición)
* abiogénesis
abomaso ó
redecillo
acalefa
acantopterigio
ágamo
* amiba
* anastomosis

anquilosis
* anélidos
anillado
* áptero
* arácnido
* asexual
* atavismo
* atlas
* bacterio
* batraquio
* bímano
* branquia
braquicéfalo
briozoos
* cefalópodo
* cefalotórax
* quiróptero
quitina
cloaca
comensalismo
conchífero
coracoide
decápodo
* deciduo
* dermal
diastema
* diatomácea
* digitígrado
* discoídeo
dolicocéfalo
* equinodermo
edentado
* élitro (el diccionario trae *elictra*)
* encéfalo
endosqueleto
entozoos
exosqueleto
fauna (definición defectuosa)
fíbula
* foraminífero
fúrcula ú horquilla
* ganglio
* gasterópodo
gemíparo
gralatores
* helminto
* hemíptero
* heterogénesis
* hexápodo
* histología
* holoturia
* húmero
* hialino
hidátida
hidrozoa
* himenóptero
* invertebrado
insectívoro
isópodo
* lepidóptero
marsupial
medusa
mesotórax
metatórax
macroscópico
* metagénesis
* microbio
* motilidad
* multúngulo
* miriápodo
neolítico
* neuróptero
* nidificación
nicticante
notocordio
octópodo
odontóforo
omaso (panza)
* omnívoro
* opérculo
* ofidia
ornitodelfo
ortognato
* ortóptero
* otolito
ovipositor
* palafita
paleolítico
* partenogénesis
* pelágico
pepsina
* plantígrado
* fitófago
* pólipo
* probóscis
proglótis
prognato
pronación
proscólex
protórax
proventrículo
* radiados
rectrices
rémiges
* rizópodo
* sarcode
* saurio

* esclerótica
solidúngulo
somático
* espermatozoideo
espiráculo
sínfisis
tenuirostro
timonera
* trilobita
trocánter
tunicado
turbelario
* ungulado
* urticante
vibrátil
vibrión
zoófito

Nota.—Faltan además los nombres de muchos animales muy conocidos : los de otros están mal definidos.

III

TÉRMINOS DE MINERALOGÍA.

trapezoeuro
escalenoedro
truncadura
biselamiento
crucero
hemiedría
homoedría
dimorfismo
polimorfismo
isomorfismo
obliteración
macla
hemitropía
dendrita
pisolíta
oolita
geoda
seudomórfosis
epigenia
bacilar
acicular
sacaroide
concrecionado
careado
maleabilidad
policroismo
asterismo
idiocromático
alocromático
delicuescencia
reducción
hidrato
peróxido
sesquióxido
deutóxido
pegadura
yacimiento
urao
aragonita
dolomía
kerosene
pórfido
glacial
canchal
erosión
denudación
detrítus
gneiss
falla
cimento
crisoprasa (trae *crisopracio*)
estronciana
fluorina
andalusita
andesina
anfíbolo
augita
hornblenda
kaolin
limonita
níquel
oligoclasa
ortosa
piróxeno
zircón
fonolita
jilópalo
meteorito
nefrita

(Nota.) La lista de nombres de minerales es casi perfecta en el Diccionario, y muy superior á la de nombres de animales y plantas.

IV

TÉRMINOS GEOLÓGICOS.

azoico
paleozoico
mesozoico
cenozoico
silúrico
devónico
carbonífero
triásico
jurásico
cretáceo
eoceno
mioceno
plioceno
terciario
cuaternario
diluvión
coprolito
erosión
denudación
thalweg
isoterma
geiser
seísmico
volcanismo
artesiano
regelación
ablación
atolón
terreno (sentido geológico)
plutónico
neptúnico
estratificación
clinómetro
tifón
dike
fosilización.
traquita
horizonte (sentido geológico)
anticlínico
sinclínico
concordancia (sentido geológico)
sobreposición
yuxta-posición
discordancia (sentido geológico)
transgresivo
bituminífero
molasa
brecha (sentido geológico)
pudinga
mammuth
travertino
petrografía
dolmen
nevera

V

TÉRMINOS DE LAS CIENCIAS TÉCNICAS Y MATEMÁTICAS.

cubicación
diferenciación
integración
función (sentido matemático)
nonio
teodolito
aneroide
manivela
turbina
caloría
coginete
eclisa
cambio de vía
lastrina
placa giratoria
telémetro
telégramo
calógramo
bobina
inducción (sentido fis.)
elevador (*ascenseur*)
electroscopio
electrómetro
electrolisis
imantación
galvanómetro
reóstato
solenoide
armadura (sentido fis)
conductibilidad
ténder
entrevía
tornavía
macadam

JAN 8 1884

must not be